

LA REGENCIA DE DON FERNANDO EL DE ANTEQUERA
Y LAS RELACIONES CASTELLANO - GRANADINAS

(1407 - 1416)

(*Conclusión*)

El ataque a Lucena—No se hizo esperar la reacción granadina por estas dos derrotas, y sobre todo por la pérdida de Pruna, y hacia finales de junio y comienzos de julio, intentaron sorprender a Lucena, cuya importancia estratégica era muy importante en el sector de frontera en que se encontraba; el hecho de que el anterior ataque granadino se hubiera verificado sobre Priego, también en este sector, indica su preocupación por lograr la posesión de una fortaleza importante que les asegurara en aquel territorio. Que la acción granadina no era un simple paseo militar o una correría en busca de botín se aprecia en que el ejército reunido se hallaba formado por tres mil jinetes y 30.000 infantes.

La traición de Ahmed, un moro natural de Carrión de los Condes que hacía ocho años que vivía en Granada, y que desengañado de la vida que allí llevaba, salvó a Lucena. Adelantándose al ejército granadino, llegó a Lucena y avisó a sus vecinos del ataque que contra ellos se dirigía. Esto permitió recoger enseres y ganados dentro de la fortaleza y poner en defensa la villa. Cuando el ejército granadino llegó frente a Lucena conoció su defensa y de cómo estaban avisados de su

expedición, por lo que sin intentar combatir la villa, regresó hacia Granada ²⁹.

Las cabalgadas de Casarabonela y Antequera.—En el mismo mes de julio, 200 caballeros y 800 peones de Carmona, Ecija y Osuna,, con Garci Méndez, señor del Carpio, entraron en el reino de Granada en una incursión dirigida a las cercanías de Casarabonela. Siguiendo la táctica acostumbrada en estas cabalgadas, mientras 60 jinetes corrían la tierra en busca de botín, el resto quedó oculto en un puerto de la serranía de Tolox. Cogieron los corredores 500 cabezas de ganado vacuno y 2.000 ovejas y cabras, y cuando volvían al lugar donde les esperaban sus compañeros, los moros de aquella comarca que se habían congregado para resistir a los cristianos, siguieron sus pasos, hasta que, estimando que se hallaban muy próximos el jefe de los corredores ordenó volver sobre ellos persiguiéndoles hasta las huertas de Casarabonela, y ocasionándoles 12 muertos y ganando ocho caballos y una yegua. Intentaron entonces los moros impedir su regreso, y adelantándose a los caballeros andaluces marcharon a ocupar el puerto serrano por donde habían de pasar, pero como allí estaban todos los peones cristianos, rechazaron su ataque, matando e hiriendo a muchos de ellos. Esta precaución permitió el regreso de los expedicionarios sin otras dificultades a Teba con toda su cabalgada, en donde quedaron a descansar dos días.

Conocedores los moros de que desde Teba para regresar a Osuna tenían los cristianos que atravesar la sierra de Yeguas, reunieron gente de Málaga, Cártama y Ronda en número de 600 caballos y 800 peones con dos pendones blancos y uno encarnado, y se ocultaron en lugar conveniente junto al camino por donde habían de pasar. Como, contra lo esperado, los cristianos descansaron dos días en Teba, los moros, cansados de su inútil intento, abandonaron su celeda y regresaron pasando por las cercanías de Teba, desde donde fueron oídos por las guardas de esta villa. Salió contra ellos Garci Méndez con todas las fuerzas que había en Teba, y los moros se dividieron en dos batallas, aunque después rectificaron y se unieron de nue-

²⁹ PÉREZ DE GUZMÁN, *Crónica*, 288.

vo, apoyándose su retaguardia en un cerro cercano. Junto a otro cerro se pusieron las fuerzas cristianas, quedando ambas huestes frente a frente. Arengó el señor Del Carpio a los suyos y ordenó el ataque contra la vanguardia granadina que también se había adelantado. El choque en el llano de las dos huestes se resolvió pronto en favor de los caballeros andaluces, que persiguieron a los derrotados musulmanes hasta ocasionarles más de 190 bajas, obteniendo rico botín, del cual lo mejor fueron 60 caballos, que les compensó los 20 que perdieron en la batalla.

Previniendo que los granadinos intentarían alguna sorpresa sobre Teba para paliar su derrota, el maestro de Santiago expuso a sus Comendadores la necesidad de abastecer dicha plaza, especialmente de víveres, de que estaban muy faltos. Sólo solicitó participar en aquel auxilio don Lorenzo Suárez, comendador mayor, y el Maestre, su primo, hubo de agradecer este ofrecimiento, ya que los demás Comendadores no habían contestado a su propuesta. Sin impedimento alguno se llevó la provisión a Teba, y ya allí el Comendador mayor convino con Garci Méndez en hacer una cabalgada por las tierras de Antequera.

En 30 de julio salieron todas las fuerzas de Teba. Iba en vanguardia Alonso Alvarez, sobrino de don Lorenzo Suárez, con 50 caballos, y detrás, con las huestes en orden de combate, don Lorenzo Suárez y Garci Méndez. Obtuvo Alonso Alvarez alguna cabalgada, y como los moros de Antequera le conocían de otras correrías, pensando que iba sólo con aquel reducido grupo, salieron en número de 250 a luchar con él. Trabado combate, pudieron defenderse bien los castellanos, hasta que aparecieron Garci Méndez y el Comendador mayor, cuyo estandarte los moros confundieron con el del Maestre, y temerosos de tener que enfrentarse con ellos emprendieron la huida. En su persecución, Alonso Alvarez logró causarles 52 muertos, perdiendo tan sólo dos hombres y ganando el consiguiente botín³⁰.

La batalla del Estrecho.—Por disposición de don Fernando se había organizado en Sevilla, venciendo bastantes dificultades,

³⁰ PÉREZ DE GUZMÁN, *Crónica*, 289-90.

una flota de guerra, con la que intentaba cortar las comunicaciones marítimas entre Africa y Granada, y hacer desaparecer los numerosos corsarios que impunemente asaltaban las costas andaluzas y del Sudeste. Tenía la esperanza que de conseguir este propósito y dejar aislado el reino de Granada, la campaña que iba a comenzar tendría menos dificultades.

Se encontraba en Córdoba en el mes de junio cuando desde Sevilla llegó el Almirante a exponerle que hasta entonces no había encontrado tripulación suficiente para ellas ni gente de guerra para completar su dotación. Le pidió su intervención y ayuda, pues quería armar ocho galeras más y encontraba tales dificultades que no podría tenerlas preparadas para la fecha que le había señalado. Esta lentitud y desorganización molestó a don Fernando, quien, desde Córdoba, se dirigió a Sevilla para ultimar la armada, a donde llegó en 22 de junio, acompañado de toda su corte y de don Alonso Enriquez.

Ya en Sevilla adelantó cuanto en su mano estuvo los preparativos de la armada, puesto que le urgía el dominio del Estrecho antes de dar comienzo a su ofensiva terrestre. Pese a la grave enfermedad que le aquejó algún tiempo, dispuso que mosén Rubín de Bracamonte³¹, Fernando López de Estúñiga y Juan Rodríguez Sarmiento, fueran con toda rapidez a Vizcaya a traer naos armadas para completar la escuadra y vigilar el Estrecho de Gibraltar. Se pudieron conseguir seis naos y con ellas gente muy experimentada, que sería de gran utilidad.

Entre tanto Alonso Enriquez pudo completar otras ocho galeras que, con las cinco que tenía preparadas, formó una escuadra de trece galeras, seis naos y algunas naves auxiliares. Por una galeota enviada frente a Gibraltar, el Almirante supo que la flota conjunta de Túnez y Tremecén estaba compuesta de 23 galeras. La calma y falta de vientos propicios impidió que las naos cantábricas pudieran unirse a las galeras sevillanas, y

³¹ Este caballero, normando, cuyo nombre original, antes de castellanizarse, era el de Robert o Robinet de Braquemont, tras de distinguirse en las armadas francesa, pasó a Castilla en tiempos de Juan I. Por sus servicios fue galardonado con el señorío de Fuentesol, y se casó con doña Inés de Mendoza, sirviendo a Enrique III y al infante don Fernando. (Vid. FERNÁNDEZ DURO, *La marina de Castilla*, 182-3).

Alonso Enríquez ordenó que la galeota transbordase la gente de las naos a las galeras, como un refuerzo decisivo, ya que gozaban fama de audaces y buenos marineros. Pese a la inferioridad numérica, el Almirante deseaba enfrentarse con la flota africana por aprovechar su localización en Gibraltar y evitar su dispersión, ya que en caso contrario no le sería posible destruirla antes del comienzo de la empresa del Infante ³².

Conocida por los africanos su superioridad, 23 contra 13, y seguros de que las naos no podrían participar en la batalla, salieron del puerto a enfrentarse con la escuadra castellana. Batalla reñida, que la mayor experiencia y mejor táctica castellana resolvió frente al mayor número enemigo. Victoria que parecía imposible y que el cronista, para explicarla, tiene que expresar que "con el ayuda de Dios los moros fueron vencidos" ³³. A Murcia llegó la noticia de esta victoria el día 13 de agosto, en que se dijo "sopieron por nuevas ciertas que la flota del rey nuestro señor avia desbaratado las galeas de los moros que andavan por la mar" ³⁴.

De las 23 galeras africanas, ocho fueron apresadas ³⁵, otras

³² Las noticias sobre esta armada africana tenían atemorizadas a las poblaciones costeras. En 27 de julio Cartagena comunicaba a Murcia que por el Mediterráneo navegaba una flota de 29 fustas, galeras y galeotas, y que recelaban que intentara apoderarse de su puerto. Se convino en poner atalayas y hacer ahumadas en caso de peligro, para enviar la ayuda que pudieran. Estos atalayadores estuvieron en su puesto cuarenta y ocho días, hasta que supieron la derrota de la escuadra africana; lo que prueba el temor existente.

³³ Las galeras iban mandadas; la capitana por el Almirante, y eran patrones de las restantes: Rodrigo Alvarez de Osorio, yerno de Alonso Enríquez; Gómez Díaz de Isla; Juan Rodríguez de Veyra; Alonso Arias de Coruela; Fernán Yáñez de Mendoza; Diego Díaz de Aguirre; Pedro Barba de Campos; Alvar Núñez Cabeza de Vaca; Fernando de Medina; Pedro de Pineda y el genovés micer Nicóloso Bonel. De éste la *Crónica de don Pedro Niño*, dice que «era muy savidor de mar e buen marinero, que avia seido patron de galeras e se avia acaecido en otros grandes fechos», y en otra ocasión le llama «recio caullero e buen mareante» (100 y 113). Vid. a PÉREZ DE GUZMÁN, 288-9.

³⁴ Actas Capitulares en esta fecha. En 4-VIII-1407 se encontraba en Murcia Fernán Niño, primo de Pedro Niño y sobrino del adelantado de Murcia, procedente de Cartagena, donde se encontraba un navío.

³⁵ La noticia oficial de esta victoria se recibió en Murcia en 6 de septiembre por medio de una carta de Juan Ortega de Avilés, su procurador en Cortes. Es de destacar que hace constar que las naves apresadas a los musulmanes fueron sólo seis, y no las ocho que menciona la *Crónica*. También notificaba la muerte de tres almirantes moros. Pedía

hundidas, huyendo las restantes. El almirante Alonso Enríquez, llevó las ocho galeras musulmanas a Sevilla presentándose victorioso ante el Infante, que elogió la valentía de todos y les felicitó por su triunfo.

Quedó así la flota castellana, bajo el mando de Juan Enríquez, hijo bastardo del Almirante y que gozaba fama de buen marinero y esforzado caballero, dueña del Estrecho, y el Infante pudo pensar en comenzar su ofensiva, tan retrasada ya, y oportuna al haber logrado impedir cualquier intento de ayuda africana al rey de Granada.

El ataque granadino a Baeza y Bédmar.—Ante la continuada ofensiva contra el reino de Granada de los fronteros cristianos, el rey Muhammad decidió contrarrestarla con un fuerte ataque contra las posiciones castellanas cercanas a su frontera, que le compensara de las pérdidas sufridas. Reunió el ejército más numeroso que pudo, escogiendo a los caballeros y peones más belicosos de su reino, especialmente a los fronterizos, para responder con su ataque a los continuados golpes de mano de los cristianos; indudablemente, pensaba también en que muy pronto una fuerte ofensiva se desencadenaría sobre su reino, y que si con su acción podía retrasar su comienzo, al Infante le quedaría poco tiempo propicio para mantenerse dentro de territorio granadino.

Para evitar que las fortalezas cristianas estuvieran preparadas para defenderse, hizo correr la voz que la movilización que había decretado no tenía más objeto que asegurar su frontera contra la ofensiva que el infante don Fernando preparaba. Esto no pudo impedir que las noticias que llegaron a la corte del Regente resultaran impresionantes. Se habló de siete mil caballeros y cien mil peones, cifra que se creyó imposible. Entonces circuló otra noticia, que se preparaba un ataque contra Jaén, pero en 17 de agosto llegó otra nueva, esta vez cierta, la de que en forma contundente el rey de Granada había combatido a Baeza y quemado su arrabal, y que gracias a la esforzada defensa de Pedro Díaz de Quesada y Garcí González

que transmitieran estas noticias a Lorca, Cartagena y Mula. (Actas Capitulares en esta fecha.)

de Valdés, la ciudad no había sido entrada, aunque quedaba cercada. Se dispuso la inmediata movilización de todos los fronteros en ayuda de Baeza, y un contingente del ejército real, al mando de don Ruy López de Dávalos y del adelantado de Castilla, salió de Sevilla en auxilio de la cerrada población ³⁶.

Teniendo conocimiento de las medidas adoptadas y de las importantes fuerzas que contra él se dirigían, Muhammad VII, tras de combatir durante tres días a Baeza y de apreciar la inutilidad de su ataque, así como de sufrir importantes pérdidas, se dirigió a Bédmar, a tres leguas de Baeza. Como sabía el peligro que representaba para la integridad de su ejército una detención excesiva, el monarca granadino ordenó un ataque general contra el castillo, combatiéndolo de tal forma que los defensores poco pudieron hacer, muriendo casi todos ellos y a su frente Sancho Jiménez, comendador de la Orden de Santiago. Hechos prisioneros los restantes habitantes de Bédmar, entre ellos las hijas del Comendador, en número de 60 personas,

³⁶ Un romance fronterizo, menos atenido a las fuentes historiográficas que los de Antequera, y que por ello acusa una redacción más tardía, es aquel que comienza:

Moricos, los mis moricos
 derripedesme a Baeza
 y a los viejos y las viejas
 y a lo mozos y las mozas
 y a la hija de Pero Díez
 y a su hermana Leonor
 porque eviándoos a vos
 Id, vos, capitán Vanegas
 que recibiréis afrenta

—los que ganais mi soldada,
 —esa ciudad torreada,
 —los meter a todos a espada
 —los traé en la cabalgada,
 —para ser mi enamorada
 —de quien sea acompañada.
 —porque venga más honrada,
 —no recelo en la tornada,
 —ni cosa desaguisada.

II

Cercada tiene a Baeza
 con ochenta mil peones

—ese arráz Audalla Mir
 —caballeros cinco mil.

La versión que indica Menéndez Pidal (*Romancero hispánico*, II, 6) sólo indica a su hija Leonor: «y a ese viejo Pero Diaz prendédmelo por la barba, —y aquesa linda Leonor será la mi enamorada». La hija omitida en esta versión, y que en la anterior no indica su nombre, aunque la sobrepone a doña Leonor, debía de ser doña María de Quesada, que años después contraería matrimonio con Alonso Yáñez Fajardo, adelantado mayor del reino de Murcia en la mayor edad de Juan II de Castilla. (Vid. *Fajardo el Bravo*, p. 12 y siguientes).

mandó quemar el lugar, y, destruido, Muhammad ordenó la retirada a Granada de las fuerzas musulmanas³⁷.

Nos quedan algunas noticias de la alarma que despertó en la frontera castellana esta incursión granadina y del desconcierto y confusión que se produjo, especialmente en las villas cercanas a Baeza, y desde Ubeda, Cazorla, Quesada y Torreperogil hasta Lorca. Preparaba el mariscal Fernán García de Herrera una ofensiva contra Baza³⁸, cuando tuvo noticias del ataque contra Baeza, y dejando su proyecta incursión, se dirigió a Santisteban del Puerto en ayuda de los sitiados. En su camino recibió una carta y habló con un hombre de Diego Hurtado, en que se le decía que los moros se dirigían a Cazorla o Quesada; motivo por el que cambió nuevamente de dirección, y desde Santisteban del Puerto marchó a Torreperogil, en espera de saber durante la marcha noticias del lugar en donde se encontraban los moros. Desde Torreperogil escribió a Alonso Tenorio, adelantado de Cazorla, dándole aviso de su llegada y de su propósito de ayudarle.

La aparición del mariscal de Castilla con las fuerzas murcianas en las proximidades de Cazorla, no sólo sorprendió a Alon-

³⁷ Cuando los regidores de Baeza supieron que el rey de Granada había abandonado a Bédmar, después de quemarla y derruirla, enviaron a Pedro Díaz de Quesada a poner en defensa la Peña, para que los moros no la destruyesen también. Por su parte, el maestro de Santiago, a cuya Orden pertenecía el lugar, envió a su sobrino Lorenzo Suárez, comendador mayor de la Orden, a reparar y abastecer a Bédmar. El castillo fue reconstruido en las debidas condiciones de seguridad y puesto un alcaide con suficiente guarnición para su defensa.

³⁸ Apéndice doc. n.º 5. En 21-VIII-1407. En 22 de julio el concejo de Murcia había ordenado comprar pólvora para las lombardas, almacén y hierba para los ballesteros, para estar «preparados para entrar en tierra de moros cuando quiera el rey». Al día siguiente se habían comprado ya cuatro arrobas, a razón de 500 maravedís la arroba y catorce libras de hierba de ballesteros a 60 maravedís la libra. En 4 de agosto el Adelantado expuso ante el Concejo su propósito de llevar a efecto una campaña en tierra de moros, y solicitó 120 jinetes y 300 ballesteros. Se acordó darle 100 jinetes «que sean buenos onbres e buenos cavalgadores e buenos caualleros e que los descojan de trezientos de cauallo que puede auer en esta dicha cibdat de contia», y que los doscientos de caballo que no salían diera cada uno veinte maravedís para ayudar a la costa de los que servirían a las órdenes del Adelantado. Lo mismo se hizo con los trescientos ballesteros y lanceros, puesto que los que no participaron quedaron obligados a pagar cada uno tres maravedís en ayuda de la manutención de los que marchaban a Lorca.

so Tenorio, sino que le llenó de gratitud el ofrecimiento y cercanía de las tropas murcianas. Contestó a Fernán García de Herrera con frases de efusivo agradecimiento por las ofertas de ayuda que le hacía y le transmitió una carta que había recibido de Ubeda ³⁹ en que le comunicaban que, por Andrés Fernández, vecino de Torreperogil, que acababa de llegar de Jaén, sabían que los granadinos habían levantado su cerco sobre Baeza y que creían que se dirigían hacia Lorca y “oy sabado por la mañana an parecido grandes polvos que van faza Bazta”. Le rogaba que estuviese atento por si el ejército granadino intentaba volver sobre aquella comarca, a las señales que harían, para poderles socorrer; también le encargaba que avisara a todas las poblaciones del valle del Segura, y ellos lo hicieran saber a Lorca, para que todos se prepararan debidamente a resistir cualquier ataque de los moros.

El adelantado de Cazorla, conforme a estas noticias recibidas de Ubeda, aconsejó a Fernán García de Herrera que puesto que sus fuerzas necesitaban descanso “devedes folgar en tres o quatro dias, fasta que se sepa a do endereçan estos moros” y que le comunicaria cualquier aviso que pudiera interesarle, y que en tanto diera la carta enviada por los de Ubeda a los jurados de Torreperogil, para que con otra suya la enviaran a Val de Segura y enterarles de cuanto sucedía.

Comprendió García de Herrera la imposibilidad que tenía de regresar a Lorca y llegar antes que los moros, si era verdad que se dirigían hacia aquella frontera por lo que escribió para advertir el peligro que les amenazaba ⁴⁰. Su rápida marcha a Santisteban del Puerto, después a Torreperogil y luego hasta media légua de Quesada, le imposibilitaba el poder volver rápidamente a Lorca, no sólo por la considerable distancia que le separaba, sino por el cansancio de los caballos e infantes de tan duras jornadas.

En su carta, el Mariscal decía “a mi me pesa muy mucho por estar yo tan arredrado para me poner en esa villa con vosotros”. Se aprecia en ella la amargura que le embargaba, pues

³⁹ Apéndice, doc. n.º 4. En 20-VIII-1407.

⁴⁰ Apéndice, doc. n.º 6. En 21 de agosto.

si se realizaba el ataque del rey de Granada sobre Lorca, como de todas partes le anunciaban, era para él muy doloroso no encontrarse dentro de sus muros, precisamente cuando esta villa era su base fronteriza y a cuyo cargo estaba por orden de Enrique III, y habiendo gastado todas sus energías inútilmente en su deseo de ayudar a las demás plazas fronterizas en detener la ofensiva granadina. Encarecía el concejo de Lorca la guarda de la villa, esperando que se defendieran como siempre habían sabido hacerlo, y les indicaba que escribieran al Adelantado y ciudad de Murcia pidiéndoles ballesteros para completar su guarnición. Comunicaba también que enviaba sus espías al real de los moros, que se decía que estaba en el Puerto de la Losilla ⁴¹, a cuatro leguas de donde se encontraba, porque si era cierto el ataque sobre Lorca "yo fare mucho por atravesar lo mas çedo que yo pudiere, para me poner con vosotros en esa villa".

La confusión creada con esta supuesta estancia del ejército granadino en el reino de Murcia después del ataque a Baeza y Bédmar, y en lugar tan estratégico como el puerto de Losilla, inquietó a todas las plazas fronterizas murcianas. El alcalde de Caravaca, Pedro de Soto, escribió en 23 de agosto a Murcia, notificando que acababa de recibir carta del mariscal y avisaba "tened que estas nuevas son ciertas, que el comendador nuestro señor nos lo enbio dezir que de allende la mar pasava mucha gente" ⁴². Otra carta de Lorca, de la misma fecha, anunciaba que el rey de Granada se hallaba en Vera con un poderoso ejército, y que sabían ciertos que marcaba sobre Lorca, por lo que solicitaban ayuan armada. En la misma forma se expresaba el Adelantado, por carta de 24 de agosto, pidiendo el envío inmediato de caballeros, ballesteros, lanceros, escuderos, pólvora, lombardas y el mayor bastimento que pudieran proporcionar.

El concejo de Murcia acordó que salieran 150 ballesteros con el pendón de la ciudad, bajo mando del alférez Juan de Aroca,

⁴¹ Entre Blanca y la sierra de la Pila, y entre Abanilla y Molina, uno de los puertos de mayor tráfico del reino de Murcia.

⁴² Actas Capitulares, sesión de 24 agosto.

y avisó a los vasallos del rey que, conforme su obligación, marcharan también a Lorca, con sus armas y caballos, a defender la frontera. Un aviso posterior, de 5 de septiembre, obligó a reunir 400 ballesteros, que reforzaron las guarniciones de Lorca, Mula, Caravaca y Cartagena⁴³.

Continuaron así divulgándose fantásticas noticias por todo el reino, y cuya procedencia, a no dudar, eran de territorio granadino, que inquietaron a los habitantes de la frontera y llevó a una defensa en regla de sus villas y fortalezas, alejándose toda idea de realizar su proyectada incursión en territorio moro. Es muy posible que esta hábil propaganda, procedente del reino de Granada, fuera un ardid de Muhammad VII, para aquietar su frontera oriental, en tanto que se preparaba para rechazar y resistir la inminente presencia del regente castellano en tierras andaluzas, y que sólo su enfermedad había impedido comenzar su campaña, por la que tan ansiosamente había trabajado por llevar a efecto.

LA CAMPAÑA DEL INFANTE EN 1407

En 13 de abril de 1407 se despedía don Fernando del rey y de la reina, saliendo de Segovia para iniciar su camino hacia Andalucía. En El Espinar se despidió también de su esposa e hijos, a los que envió a Medina del Campo. Pasó los Puertos y por Esperilla llegó a Toledo. En su lento caminar fue enviando cartas a los grandes de Castilla, vasallos del rey, ricos hombres y caballeros, convocándoles a que se reunieran con él en Córdoba,

⁴³ Como no había numerario para el pago de los siete maravedís de dos blancas, que se abonaba diariamente como sueldo a cada ballestero, el Concejo tomó el acuerdo de embargar las rentas reales. Así el jurado clavario fue a las casas de don Yahuda Abenalabar, arrendador de la renta del pan «e entro en un palacio que es en las dichas casas e falló una caxa cerrada con su llave», y contra su voluntad, la decerrajó y tomó 7.000 maravedís. De don Zag Aventuriel, arrendador de las alcabalas, bestias, carnaje, etc., dos mil maravedís. También se recogió todo el trigo existente en los lugares cercanos a la ciudad «porque eran llanos e si algund poder de moros del rey de Granada viniere» no se perdiera. Cincuenta jinetes con el alguacil, convencieron a los que se negaron a entregarlo. (Actas Cap. 21X7).

en donde debería concentrarse todo el ejército. Desde Toledo, por Yébenes pasó a Ciudad Real, en donde se detuvo de nuevo para esperar a la gente de armas.

En tanto, había comenzado la ofensiva de los fronteros de Lorca, Carmona, Marchena, Olvera y Morón, cuyos golpes de mano y cabalgadas se desarrollaban con éxito apreciable. Entró en Córdoba don Fernando en 18 de junio y se preocupó en activar la organización de la armada, lo que le obligó a pasar a Sevilla, a donde llegó en 22 de junio. Reunidos allí los principales magnates, adelantados, maestros de las órdenes y todos los caballeros que había convocado, tras de las deliberaciones convenientes, se dio comienzo a febriles preparativos para iniciar la campaña, tanto en armamento, como en víveres e ingenios, todo aquello que la estrategia aconsejaba para la guerra de los moros.

Una penosa enfermedad del Infante, retrasó el comienzo de las operaciones y ocasionó perjuicios considerables en los preparativos y en la composición del ejército, ya que pudo apreciarse el engaño existente entre las huestes a las que se abonaba sueldo, "porque el que llevaba sueldo de trescientas lanzas, no traía doscientas". Tan escandalosa desvergüenza obligó a hacer alarde, tanto en Sevilla como en todas las poblaciones andaluzas en donde se hallaban aposentadas. Se verificó el domingo 28 de agosto, pero este alarde se falseó, pues como manifiesta el cronista, muchos miles alquilaban hombres a los concejos de las villas en donde se encontraban, para completar el número oficial de los hombres por los que cobraban sueldo del Infante. Pese a estos engaños se precisó en el alarde que da las nueve mil lanzas que se pagaban, no pudieron ni contarse ni ocho mil. Pero don Fernando optó por sufrir tal injuria, deseoso de llevar adelante la campaña, tan retrasada ya, por tantos motivos, y dejar de castigar duramente a los causantes de semejante fraude.

En 7 de septiembre salía de Sevilla don Fernando, llevando como símbolo de su propósito la espada de San Fernando, entregada en un acto de gran solemnidad por los 24 y jurados sevillanos. Convocó al maestro de Santiago que se hallaba en Ecija, y al Condestable que estaba en Jaén, para un día señalá-

do en Carmona, en donde celebrarían consejo de guerra y decidiría el sector granadino que se elegiría para comenzar las operaciones. Reunidos en Carmona en consejo de guerra el Almirante, Condestable, maestre de Santiago, Juan de Velasco, Diego López de Estúñiga, don Pedro Ponce de León y Perafán de Ribera, adelantado de Andalucía, tras de deliberar y oír las distintas opiniones de los asistentes, don Fernando determinó de por sí entrar en dirección a Ronda ⁴⁴.

La conquista de Zahara.—El día 15 de septiembre partieron las fuerzas sevillanas al mando de don Alvar Pérez de Guzmán y acamparon en el mismo día en Torreblanca, en donde se detuvieron cuatro días hasta que supieron que el Infante, después de pagar un mes de sueldo a su mesnada, había salido de Carmona hacia Marchena siguiendo la línea del río Corbones. Tuvo que detenerse en Marchena el Infante durante tres días, en espera de que acudieran las huestes que había mandado llamar. Desde Marchena, por los molinos que llamaban de Gil Gómez, pasó a las casas de Alonso Martínez de la Cabreriza. Estas cortas jornadas no tenían más objeto que de hacer tiempo para que llegase la gente convocada y entrar conjuntamente en el reino granadino. En 24 de septiembre comió en Jeribel, en donde se le unieron al día siguiente la gente de Sevilla y del maestre de Santiago. Conforme a la costumbre de que el pendón de Sevilla debía de ir en vanguardia del ejército castellano, éstos se adelantaron y asentaron su real en Guadalete, en el soto llamado de las Aves, a donde llegó después el Infante. El día 26 la vanguardia castellana plantaba su campamento frente a Zahara y tras ellos llegó don Fernando con todas sus fuerzas ordenadas en batalla, y más tarde la gente de Carmona, vigilando la retaguardia y el fardaje.

Los defensores de Zahara, apreciando la importancia del ejército concentrado ante ella, no osaron salir fuera de sus muros, y repasaron y mejoraron sus murallas, pero comprendiendo su inferioridad, metieron sus bienes y mejores fuerzas

⁴⁴ Los *Anales de Orihuela*, I, 201, recogen la noticia de la llegada de don Fernando a Carmona, y «llevaba 300 carros cargados de ingenios, lombardas, bastidas, grúas, mantas, escalas y otros pertrechos de guerra, y que se iba a echar sobre Ronda o Antequera».

dentro del castillo. No esperaban recibir ayuda, pues la estrecha vigilancia puesta ante la única puerta de la villa, enfrente de la cual había puesto sus tiendas Diego Fernández de Quiñones, merino mayor de Asturias, lo impediría totalmente.

Las tres mayores lombardas que llevaba el ejército castellano se dispusieron para combatir los muros de Zahara. Una, bajo el mandato de Pero Alonso de Escalante, encargado de suministrar la piedra y de vigilar su tiro, y custodiada por las fuerzas del maestre de Santiago; otra dirigida por Juan Alonso de Baeza y guardada por el adelantado de Andalucía, para tirar en medio de la villa; y la tercera, en el camino entre Zahara y Ronda, bajo control del doncel Juan de Porras, y vigilada por Carlos de Arellano, señor de los Cameros.

La falta de experiencia hizo que los lombarderos no acertaran en los dos primeros días a meter una sola piedra dentro de los muros de Zahara, pero corregida su puntería, los tiros de las lombardas comenzaron a abrir brecha en los muros, lo que quebrantó la defensa de los moros, de tal manera que solicitaron un alto el fuego para iniciar conversaciones encaminadas a tratar su rendición. Por medio de un moro que, anteriormente, había vivido en Castilla, demandaron a Diego Fernández de Quiñones que el Infante les diera un plazo para pedir ayuda al rey de Granada, y si pasado este tiempo Muhammad no había acudido a levantar el sitio, ellos entregarían la villa, saliendo seguros con sus mujeres, hijos y bienes. No aceptó tal proposición don Fernando, ofreciendo que si le daban la villa, les dejaría salir con vida, llevándose a sus familiares y bienes, pero dejando las armas y víveres; caso contrario amenazaba con tomar la villa por la fuerza de las armas, sin capitulación alguna; y avisando que si en adelante moría algún cristiano por heridas que recibiera desde Zahara, pasaría a todos sus ocupantes a cuchillo.

Hubieron de aceptar los moros esta capitulación que les ofrecía el Infante. Bajaron a la villa y entregaron el castillo, conforme había ordenado don Fernando, a don Lorenzo Suárez de Figueroa, maestre de Santiago. Ocupado el castillo, don Lorenzo mandó poner en lo más alto de la torre del homenaje el pendón del Crucifijo que le había enviado don Fernando, y de-

bajo el pendón de armas del Infante. El domingo, 2 de octubre, salieron los 453 habitantes y defensores de Zahara, a los que se les proporcionó 15 asnos para llevar sus bienes hasta Ronda, siendo acompañados hasta media legua por Gutier Fernández de Villargarcía, comendador mayor de Castilla.

Una semana había sido suficiente para la conquista de Zahara, en que sólo hubo algunos heridos. La campaña, aunque trdía, se presentaba prometedora, ya que se habían salvado las mayores dificultades, tanto las que habían ocasionado la enfermedad del Regente, como la falta de gente, lentitud de marcha e inexperiencia de los lombarderos. Este éxito hizo abrigar grandes esperanzas a don Fernando, ansioso de lograr grandes triunfos que justificaran su presencia al frente del ejército y los cuantiosos gastos que la expedición suponía. Verificó su entrada en Zahara el día 3 de octubre, y abastecida convenientemente, dejó a su frente como alcalde a Alonso Hernández Melgarejo, hombre de gran caudal y con capacidad reconocida para el desempeño de su cargo en aquella importante fortaleza, ya cristiana, y avanzada en la frontera.

La conquista de Zahara, más las posesiones castellanas que desde la avanzada de Teba se extendían a Olvera y Pruna, determinaban un arco fronterizo amenazador para Ronda. Punto avanzado que la estrategia señalaba como dirección a seguir era la plaza mora de Setenil de las Bodegas. Hubo opiniones ontradictorias entre los consejeros, pues en gran parte señalaban la canvenciencia de, por lo avanzado de la estación regresar a Teba en dirección a Castilla; frente a ellos el afán reconquistador y deseo de gloria del Infante, insistía en indicar la oportunidad de marchar sobre Ronda. Pero ni los preparativos ni lo avanzado del tiempo podían aconsejar el emprender semejante empresa. Por ello se impuso el criterio más acertado, que de conseguirse significaba un paso más hacia Ronda, que era el de atacar la plaza de Setenil.

Conquista del castillo de Audita.—Decidido el plan a seguir, don Fernando hubo de organizar el traslado de todos los bastimentos de guerra, y ante la imposibilidad de que una sola persona pudiera llevar la dirección de todo ello, distribuyó entre sus caballeros, escuderos y hombres diligentes el encargo de

transportar todos los pertrechos. La lista de los encargados que nos proporciona la Crónica es larga; basta apreciar que para el traslado de la lombarda mayor se necesitaban 200 hombres y 150 para cada una de las otras dos, la de Gijón y de la Banda; otras dos lombardas pequeñas, 10 mantas, 16 truenos, un ingenio, escalas, pólvora, alquitrán, piedras, cueros, paveses, fraguas, hierro, picos, azadas, clavos, palos, madera, carbón, pasadores, hachas, etc., etc., así como los maestros especialistas, indican el numeroso contingente de obreros necesarios para el transporte de aquella voluminosa impedimenta ⁴⁵.

Si el propósito del Infante había sido de marchar sobre Ronda y no lo llevó a efecto por los acertados consejos de sus caballeros, ordenó, en cambio, que camino de Setenil se fueran combatiendo los pequeños castillos que había en aquella comarca, tanto por hacer desaparecer el peligro que representaba la existencia de guarniciones musulmanas a su retaguardia o en lugares cercanos que podían quebrantar y dañar el abastecimiento del real castellano, como por lograr para sí estas posiciones, útiles como avanzadillas fortificadas frente al núcleo central de resistencia granadina en este sector: la plaza de Ronda.

El castillo de Audita, a cinco kilómetros de Zahara, y en lo alto de una peña, con su aldea en las faldas, fue el primer objetivo. Marchó al frente de un destacamento Martín Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete, con objeto de inspeccionar el lugar. Como los habitantes de la aldea hicieron frente a los castellanos, Martín Alonso, enojado, mandó poner su estandarte delante y combatir el castillo hasta tomarlo. Fue quemada la aldea, ocupada la fortaleza y hechos prisioneros sus defensores, que entre hombres y mujeres sumaban setenta personas. El señor de Alcaudete, dejando suficiente fuerzas para guarnición del castillo, volvió a incorporarse a la hueste, dando cuenta al Infante de cuanto había ocurrido ⁴⁶.

⁴⁵ La *Crónica*, tan sólo en obreros para este traslado, enumera a 2.095. A ellos hay que añadir los maestros especialistas que debían acompañar aquel ingente convoy, en especial carpinteros, e incontables acémilas y bueyes para el tiro de las carreteras (págs. 292-3). Por ello se desistió más tarde del traslado de parte del bagaje.

⁴⁶ Pérez de Guzmán, 294. Tras el fracaso de Setenil, no teniendo defensa suficiente

Cabalgada sobre Grazalema y Ronda. — Segundo objetivo fue el castillo de Montecorto, también construido en lo alto de una peña y con guarnición de almogávares, la fuerza más eficaz de los granadinos en la frontera. En el mismo día, 3 de octubre, tras de asentar su real frente a Montecorto, don Fernando ordenó a Diego Fernández de Quiñones y a sus donceles Rodrigo de Narváez y Pedro Alonso de Escalante, que fueran a inspeccionar la aldea de Grazalema. A su llegada encontraron gran número de moros, a los que combatieron hasta entrar al lugar. Hallaron gran cantidad de trigo, cebada, higos y almendras, que sus habitantes, aunque conociendo la cercanía castellana, habían escondido en la sierra de Grazalema gran parte de sus bienes, por carecer de transporte, no habían podido ocultar. Igual impedimento sucedió a los expedicionarios, que no pudieron llevarse estos víveres por falta de medios ⁴⁷.

Ordenó también el Infante que se realizara una descubierta hacia Ronda para tantear sus fuerzas, pensando que era todavía posible llevar a efecto su propósito de cercar dicha villa en vez de Setenil. Fueron escogidos para esta cabalgada Martín Vázquez, conde de Valencia, varios caballeros portugueses y Alvaro, camarero, con otros caballeros de la hueste del Infante. El condestable hizo ver a don Fernando los muchos inconvenientes que representaba efectuar aquella incursión de noche, aconsejándole dejarla para el día siguiente, en que él mismo participaría con otros caballeros...

Así acordado, el día 4 de octubre partieron del real castellano 2.000 lanzas, y a su frente don Ruy López de Dávalos. Llegaron hasta las puertas de Ronda, desde donde salieron hasta 400 moros, con los que trabaron combate dando muerte a 16 de ellos, aunque no escaparon los cristianos indemnes, pues muchos fueron heridos e incluso mataron los caballos de Pedro Niño y del camarero Alvaro. Apreciando que Ronda se hallaba bien fortificada y con numerosa guarnición, volvieron al real del Infante e informando del resultado de su descubierta,

para mantenerlo como avanzada castellana, don Fernando mandó derrocarlo (Pérez de Guzmán, *Crónica*, 299).

⁴⁷ Pérez de Guzmán, *Crónica*, 294.

lo que hizo desistir a don Fernando de su pensamiento de poner sitio a Ronda ⁴⁸.

Ocupación de Torre-Alháquime y Ayamonte.—En 5 de octubre, el mismo día que se ponía cerco a Setenil, los fronteros de Olvera ocupaban sin lucha Torre-Alháquime, abandonada por sus defensores. Y los mismos fronteros, al mando de Pedro de Estúñiga, hijo de don Diego López de Estúñiga, intentaron ocupar el castillo de Ayamonte por sorpresa, pero lo hallaron bien defendido, lo que les obligó a combatirlo. Sus defensores, al comprobar por uno de sus hombres que fue con los cristianos a Torre-Alháquime, que ésta se hallaba ya en poder de los castellanos, se dieron a partido. Esta conquista agradó mucho a don Fernando, pues habiéndose perdido Ayamonte durante el reinado de su hermano Enrique III, su reconquista revestía mayor brillantez y lograba que su expedición tuviera ya asegurado el éxito, ya que uno de los fines con que se organizó había sido el de recuperar esta plaza ⁴⁹.

Conquista de Priego, Cañete y Cuevas del Becerro.—Con el mismo fin, el de hacer desaparecer los castillos y guarniciones moras existentes entre sus plazas fronterizas y Setenil y Ronda, mandó el Infante combatir los tres castillos que aún quedaban entre Teba y Setenil, los de Priego, Cañete y Cuevas. Del real salió Gómez Suárez de Figueroa, hijo de don Lorenzo Suárez de Figueroa, maestre de Santiago, y se presentó ante Priego el día 6 de octubre, encontrándola despoblada. Puso guarnición para asegurar su defensa, y marchó contra Cañete, donde, sus pocos defensores, no ofrecieron mucha resistencia. Dispuso de una pequeña hueste, víveres y armas necesarias para consolidar su ocupación durante algún tiempo, y sin más contra-

⁴⁸ Pérez de Guzmán, *Crónica*, 294.

⁴⁹ La *Crónica* (Pérez de Guzmán, 296) indica que Torre-Alháquime fue combatida sin éxito durante dos días, y que a la segunda noche la abandonaron los moros, siendo ocupada por los mismos que ganaron Cuevas. Señala esta acción como ocurrida después de ser asentado el real sobre Setenil, esto es hacia el día 7 de octubre. Noticia contrapuesta a la que da anteriormente de la conquista de Ayamonte en 5 de octubre, en que precisa que uno de los defensores de Ayamonte fue acompañado por una escolta de Olvera a Torre-Alháquime precisa su relación, y, en cambio, los conquistadores de Cuevas se hallaban más lejanos como procedentes del real de Setenil, y en fecha posterior.

tiempo pudo volver airoso de haber cumplido satisfactoriamente el encargo que se le había hecho.

Quedaba todavía en poder de los musulmanes Cuevas del Becerro, y Garcia de Herrera, Juan y Lope de Porras, con 150 hombre fueron los designados para su conquista. No lo lograron, y ante esta detención el Infante mandó más fuerzas con Diego Fernández de Quiñones. Cuando el merino mayor de Asturias llegó ante Cuevas, los moros la habían ya abandonado, aprovechando la noche para huir hacia Ronda, aunque dejando gran cantidad de trigo, cebada higos, ropas y otros enseres.

Con estas conquistas quedaba dominada la totalidad de la comarca situada a espaldas del real sobre Setenil y abiertas las comunicaciones con Zahara, Olvera y Teba; pero aunque no existieran ya guarniciones enemigas intermedias, el peligro de las incursiones o ataques por sorpresa desde la fuerte concentración de Ronda subsistía, y más adelante podremos ver cómo se prepararon algunas sorpresas contra las recuas de abastecimiento, alguna con resultado práctico.

El cerco de Setenil.—Fue asentado el día 5 de octubre, disponiéndose las huestes convenientemente alrededor de la villa. No presentaba la plaza disposición fácil para su ocupación, pues aparte de la fuerte guarnición que la defendía, ayudaba también la disposición orográfica del terreno que se había elegido para su construcción. En lo alto de una peña, intermedia de dos valles, con fuerte muralla de pretilos y almenas en donde la naturaleza del terreno no ayudaba a la defensa, y aprovechando tajos y un pequeño río; fuerte fortaleza, dos barbacanas, hondo foso y, en lo alto, su castillo, completaban su disposición defensiva.

El maestre de Santiago, con la vanguardia del ejército castellano, dispuso la implantación de dos reales, uno frente al camino de Teba y otro en la parte contraria, en el camino hacia Ronda. Se dividieron también las lombardas y comenzó casi en seguida un continuado bombardeo sobre la villa, que terminó cuando se acabaron los proyectiles. Hubo que buscar canteas en los alrededores para suministrar piedra, y una de las lombardas grandes, la llamada de Gijón, se quebró, por lo que hubo de enviarse a Zahara por la lombarda de la Banda. Pese

al castigo que sufrieron los cercados y el daño que los proyectiles hacían en la fortaleza, Setenil resistía sin muestras de debilidad. Agotadas las canteras cercanas y agotados también los bueyes del Infante, tuvo que establecerse un turno rotatorio entre los caballeros para llevar ocho piedras cada uno de ellos, a razón de 40 diarias, lo que permitió mantener continuamente el fuego de artillería sobre la villa.

Aumentadas las defensas de Setenil con la construcción de un grueso muro de piedra seca, aumentó también el esfuerzo castellano. Se llevó a cabo el transporte de la lombarda mayor desde Zahara por las fuerzas del adelantado Pedro Manrique, realizado con gran diligencia, y en 12 de octubre comenzó a quebrantar los muros de Setenil con sus fuertes impactos. Se aumentaron también los medios de combate con la construcción de una gran bastida, más alta que la torre de Setenil, recubierta de cueros vacunos y que, por ser móvil, permitía acercarse y alejarse de los muros de la villa.

El ataque granadino a Jaén.—En tanto que seguía el cerco puesto a Setenil, llegaron noticias al real castellano de que Muhammad VII había desencadenado una furiosa ofensiva sobre Jaén, tanto por intentar ganar esta ciudad, aprovechando la lejanía de las fuerzas cristianas, como por obligar a don Fernando a levantar el sitio de Setenil, o por lo menos disminuir sus fuerzas, ya que tendría que enviar alguna ayuda a Jaén. No intranquilizaron a don Fernando estas nuevas, y pese a lo adelantado de la estación y la resistencia que ofrecía Setenil, no pensó en volver a territorio andaluz, sino que se limitó a enviar a Diego Pérez Sarmiento con 700 lanzas, y a escribir a los fronteros que acudieran en ayuda de Jaén.

Se presentó el rey de Granada ante Jaén el 10 de octubre con un ejército que, según la *Crónica*, era de 6.000 jinetes y 80.000 infantes. Al frente de sus defensas estaban Diego Hurtado de Mendoza y el prior de San Juan, que supieron rechazar durante tres días los continuados ataques desencadenados por Muhammad VII. Esta defensa permitió la llegada de refuerzos dirigidos por el obispo de Jaén Diego Sánchez de Benavides y Pedro Díaz de Quesada, que desde Baeza acudieron con 500 caballeros y, rompiendo el cerco, entraron en la ciudad. Momento

aprovechado por los defensores de Jaén para abrir sus puertas y arremeter también contra los moros, causándoles gran número de bajas, y en especial la muerte del alcaide Reduán, considerado como el mejor caballero de la hueste granadina. Esta derrota y los refuerzos preparados para ayudar a Jaén, obligaron a Muhammad VII a emprender una rápida retirada..

Conquista de Ortegícar y cabalgada a la Hoya de Málaga.—Aprovechando esta concentración granadina ante los muros de Jaén y que el sitio de Setenil se limitaba entonces al empleo de la artillería, se formó en 12 de octubre una hueste encabezada por el maestre de Santiago, y en que formaban don Pedro Ponce de León, señor de Marchena; don Alvaro Pérez de Guzmán, señor de Olvera; Juan Hurtado de Mendoza, Juan Fernández Pacheco, Lope Vázquez de Acuña, conde de Valencia, y Gómez Suárez de Figueroa, hijo del maestre santiaguista, que con mil quinientas lanzas fueron a combatir el castillo moro de Ortegícar. Ante la poderosa fuerza concentrada alrededor de la fortaleza, sus ocupantes solicitaron capitulación, condicionada a salir libres y a que se les pagara los víveres y pertrechos que allí tenían. Aceptadas estas condiciones por el maestre de Santiago, la fortaleza quedó para Castilla.

Continuó después la expedición hacia Casarabonela, en donde se dividieron en dos huestes, que dirigidas por Gómez Suárez y por don Pedro Ponce de León, atacaron Cascarabonela y otros lugares y aldeas de aquel valle. Marcharon después por el valle de Cártama, quemando la aldea de Cutillas, a ocho kilómetros de Málaga, y las de Santillá y Lújar; arrabal de Cártama; Palmete; Zamarchente, aldea de Coín; y corrieron a Coín y Venelasque, para subir por los alrededores de Alora, cuyo arrabal también quemaron, y salir por Puerto Llano a Setenil. Lograron, además de la ocupación de Ortegícar y de los daños hechos en la Hoya de Málaga, siete mil cabezas de ganado vacuno, doce mil ovejas y treinta y cinco prisioneros, aparte de los muertos causados a los moros en el transcurso de la cabalgada.

Se había proyectado el realizar a la vez otra cabalgada en dirección a las cercanías de Ronda. Quería el Regente aprovechar el que durante la incursión de Muhammad VII contra

Jaén, las fronteras granadinas habían quedado con pocas fuerzas, por la necesidad de sacar de ellas a fronteros que integrarían sus 80.000 peones. En el mismo día que una marchaba hacia la Hoya de Málaga, otra hueste, a cuyo frente iba Juan de Velasco, acompañado de Pedro, Iñigo y Sancho de Estúñiga, Martín Fernández, alcaide de los Donceles, Lope de Ortiz de Estúñiga y otros caballeros, con 2.000 lanceros y 4.000 peones, salía con dirección a Ronda. Las órdenes dadas por don Fernando eran de que aquella noche atravesaran la sierra y acamparan al otro lado, dejando fuerzas que dominaran el paso. Faltando a dicha orden, Juan de Velasco puso su campamento en un punto equidistante entre Ronda y Setenil, sin atravesar la sierra. Cuando al día siguiente quisieron pasar, se encontraron que los moros eran dueños del puerto, por lo que tuvieron que dejar de cumplir el itinerario señalado, y limitarse a talar las huertas y viñas cercanas a Ronda y quemar algunas alquerías. La inutilidad de esta expedición, por faltar a las órdenes dadas, causó profundo enojo en el Infante, que hubo de reprochar a Juan de Velasco su desobediencia.

Sobre Setenil.—Continuaba en tanto el cerco alrededor de Setenil, sin que la artillería mostrase posibilidad con sus disparos de abrir brecha, indispensable para iniciar el asalto. Lejos de las murallas se construyó una gran bastida, con objeto de poder combatir a mayor altura la torre de Setenil; se aceleraron también los demás medios ofensivos, ya que se había llegado a la segunda quincena de octubre sin obtener positivos resultados. No solamente esto, sino que los moros hicieron una salida en 17 de octubre, con intento de quemar una manta desde donde tiraban los ballesteros. Su sorpresa no tuvo graves consecuencias, pues causaron dos muertos, pero el hecho de que un centenar de moros se atreviera a realizar tal acto delante de todo el ejército castellano, probaba que su confianza en resistir les había proporcionado una alta moral, capaz de efectuar aquellas arriesgadas salidas.

A la sorpresa de los moros se quiso contestar con otra sorpresa de los cristianos. En 19 de octubre se tocó a rebato en el real castellano, haciendo circular el rumor de que el rey de Granada acudía con todas sus fuerzas contra los sitiadores de

Setenil, con la esperanza de que abrieran otra vez las puertas de Setenil e intentaran un nuevo ataque contra los cristianos. Así sucedió, pero los ballesteros, que estaban ocultos para aprovechar esta salida no supieron cumplir con las instrucciones dadas, y fueron vistos por los granadinos, que se retrajeron al interior de su villa. Esta estratagema sirvió, sin embargo, para que se pudiera apreciar el cuantioso número de castellanos que se habían marchado del real y la falta de entusiasmo de los sitiadores. Pese a todo ello, siguiendo la tradicional costumbre en estas expediciones, dicho día el Infante armó caballeros a numerosos caballeros de su hueste, conforme la usanza castellana.

Otro mal presagio aconteció dos días después, en que marchando Juan y Lope de Porras y Pedro de Barrientos a Cuevas para recoger trigo y cebada, los moros pusieron una celada en que murieron ambos hermanos y cinco o seis que acudieron en su ayuda. No acabó aquí todo, pues al día siguiente, 22 de octubre, los moros de Setenil, viendo que la manta que había ante su puerta se hallaba mal custodiada, pues sólo había seis hombres de armas y dos ballesteros, verificaron una salida, dando muerte a un hombre de armas y a un balletero y llevándose preso a otro hombre de armas, al cual darían muerte dentro de la villa, arrojando su cadáver desnudo por encima de la muralla.

Nuevo desastre ocurrió entonces. Se supo que moros de Grazalema y Montecorto bajaron de la sierra para asaltar la recua que abastecía el real desde Zahara. Envió don Fernando a las fuerzas de Jérez y a su frente a Rodrigo de Ribera, hijo del adelantado de Andalucía, para que protegieran el convoy de aprovisionamiento. Con tanto afán salieron Rodrigo de Ribera, Juan Melgarejo y otros siete escuderos, que no se armaron debidamente y, sin esperar la hueste, marcharon al encuentro de los moros, siendo vencidos y muertos, lo que ocasionó a que los granadinos pudieran destruir parte del convoy de abastecimiento.

Estas desgracias, descuidos, falta de gente y de moral, más el cansancio y desgana de los combatientes, al comprobar la imposibilidad de la ocupación de Setenil, junto con lo avanzado de la estación, 23 de octubre, decidió el Infante a realizar

un esfuerzo último y definitivo para el día siguiente. Acabada la bastida o torre móvil de combate y preparadas las escalas, sin las cuales los caballeros se habían negado a intentar el asalto, se ordenó la aproximación de la bastida a los muros de Setenil. Transportada por quinientos hombres, aquel pesado artefacto no llegó a su destino al quebrarse una de sus ruedas. No hubo posibilidad de que continuara rodando, y como el único carpintero capaz de arreglarla se hallaba herido, no se encontró quien se atreviera a enderezarla y acercarla a la muralla, por lo que no pudo pensarse en servirse de ella por entonces.

Los ocho jefes nombrados para que verificaran el asalto con sus escalas por ocho puntos distintos, ya de por sí remisos a este intento, se opusieron rotundamente a realizarlo cuando se inutilizó la bastida. Las razones expuestas por el Infante para que se intentara durante dos días fueron rebatidas por los argumentos en contra de los caballeros. Señalaban que lo avanzado de octubre; la fortaleza de las defensas de la villa y numerosa guarnición; falta de piensos; escasez de alimentos y abrigos; débito de soldadas atrasadas por no haber dinero y causa de las deserciones, impedían verificar cualquier intento con probabilidades de éxito. Todo esto obligó al Infante a dejar sin efecto su orden de asalto, aunque pesaroso de que durante 20 días no se hubiera intentado ni una sola vez, lo cual representaba una gran ignominia para todos ⁵⁰.

Se levantó el real el día 25 de octubre, enviándose todo el armamento a Zahara, aunque con poca escolta, por lo que pudo custo un serio revés, de no haber mediado un adalid moro, que había sido cristiano anteriormente, que engañó a los tres mil jinetes que salieron de Ronda con ánimo de destruir el armamento, ya que les manifestó que iban más de tres mil caballeros cristianos y numerosos peones custodiando el convoy.

⁵⁰ Así lo hubo de manifestar públicamente ante sus consejeros, diciendo: «Yo he gran vergüenza de partir aquí sin mas hacer, por que desde que aquí estamos nunca probamos hacer cosa de lo que se debía» (*Crónica*, de Pérez Guzmán, 299). Por ello un ex cautivo del «Corral» de Granada, prisionero desde la toma de Huércal, llamado Juan Martínez Leónés «envio decir que el rey de Granada e su gente que havian tomado muy gran plazer por la salida que el Infante habia hecho de sobre Setenil» (Actas Cap. de Murcia, en 2-XII-1407).

Antes de alejarse de los muros de Setenil se puso fuego a la bastida y mantas que se habían hecho durante el cerco; también fueron destruidas las tiendas y chozas construidas en el real, y con las debidas condiciones de seguridad comenzó el repliegue de la hueste castellana.

A su paso por Torre-Alháquime don Fernando dejó como alcalde de aquella fortaleza a Alonso González de la Barrera, al que proporcionó veinte jinetes y treinta peones como guarnición, más víveres y armamento necesario para su seguridad. Pasó a dormir a Peña de don Lorenzo, a dos leguas de Olvera y ordenó que se hiciera alarde en el Campillo, lugar situado a cinco kilómetros de Morón de la Frontera. La falta de mando, la desorganización que durante toda la expedición se había hecho sentir y el malhumor ocasionado por el final de la campaña, hizo que muchos hombres de distintas huestes adelantaran su regreso, lo que imposibilitaba el alarde. Así hubo de manifestarlo Juan de Velasco al Regente, pero de forma un tanto exigente, lo cual motivó que don Fernando insistiera en la necesidad de realizarlo. Se enviaron mensajeros a los que iban por delante, y en 28 de octubre se llevó a cabo la revista militar, contándose a los que estaban presentes. Pudo precisarse el gran número de ausentes, tan cuantioso, que el Infante hubo de comprender que de no pagar nada más que a los presentes, ocasionaría graves perjuicios, tanto por la enemistad que se buscaba con los que no cobraran, como por los muchos inconvenientes que dicha medida supondría. Hubo de transigir y mandar pagar conforme a los juramentos que cada uno hizo de la gente que llevaba.

Los días 29 y 30 de octubre los pasó el Infante en Morón organizando la defensa militar de la frontera. Entendía en dejar gente castellana por frontereros, pues los andaluces, al estar en su tierra, siempre auxiliarían a las plazas que el rey de Granada pudiera amenazar. Contradecían los consejeros por el gasto que supondría para el tesoro real el mantenimiento permanente de cuatro mil lanzas. Para disminuir los gastos y contribuir personalmente en ellos, dispuso el Regente que quedaran dos mil lanzas de su casa, que, a su costa y con la ayuda de los caballeros andaluces defenderían la frontera.

Aún hubo de sufrir el Infante en su vuelta hacia Castilla dos nuevos disgustos. Uno, al saber que por la poca precaución de García de Herrera al dejar sin guarnición a Priego y Cuevas, los moros las habían destruido, y, en cambio, fracasaron en su empeño de ocupar a Cañete, en donde su guarnición a las órdenes de Fernán Arias de Saavedra, había sabido rechazar los ataques musulmanes. El segundo fue que al llegar la gente de su mesnada a Carmona no quisieron dejarles entrar en la villa e injuriándolos con los gritos de ¡A Setenil!, ¡a Setenil! Tampoco quisieron recibir al adelantado Perafán de Ribera, y tuvo que ir personalmente para que la ciudad abriera sus puertas, en donde ordenó el castigo de los promotores de aquella afrenta.

Tras unos días de descanso, que pasó cazando, don Fernando marchó a Sevilla para devolver la espada de San Fernando, y en donde se le preparó un fastuoso recibimiento. Iba el Infante, relata el cronista, "encima de un cavallo castaño muy grande e muy hermoso, a la brida, armado de cota e brazales, vestido de un aceytuní brocado en oro. E iba a su derecha el Conde de las Marchas, e a la izquierda el Condestable; y el Adelantado Perafan llevaba delante del Infante la espada del Rey Don Fernando"⁵¹.

En Sevilla ultimó con los caballeros andaluces la ayuda que éstos debían de proporcionar a los fronteros y 2.000 lanzas de su casa que quedaron distribuidas en distintas plazas fronteri-

⁵¹ Junto al conde francés, cuya intervención narra la *Crónica*, sabemos que participaron los caballeros catalanes mosén Per de Sistar y mosén Francés de Soler, quienes con sus compañías estuvieron toda la campaña junto a don Fernando. Al terminar la expedición, desde Córdoba a 9 de diciembre, el Infante les dio una carta de ayuda para su regreso. Aseguraba a ellos y sus compañías, y ordenaba a todas las ciudades castellanas por donde pasaran que les prestaran la ayuda que necesitaran (Arch. Mun. Murcia, Cart. real 139-1411, fol. 35). Carta de que hicieron uso a su paso por Murcia en 16 de marzo de 1408. También conocemos la intervención del caballero oriolano Alfonso Rosell, a quien el concejo de Orihuela dio una carta de presentación, que publica Bellot (*Anales*, II, 104). Desde Segovia, 4-II-1407, don Fernando envió un albalá al concejo de Murcia indicándoles que pensaba salir muy pronto contra los moros, y que para ello le era necesario gran número de caballos, por lo que les agradecería que quisieran «servir graciosamente con un cavallo bueno qual vos entendieredes que cumple... e tener vos lo he enpecial servicio» (Arch. Mun. Murcia, Cart. cit., fol. 10 v.).

zas. Salió de Sevilla en 14 de noviembre camino de Córdoba, y en esta ciudad ultimó lo relacionado con los fronteros de Ecija y obispado de Jaén. En 23 de diciembre se hallaba en Moral de Calatrava ⁵², pasando la Navidad en Ciudad Real; desde donde siguió por Toledo a Guadalajara. Se encontraban en esta ciudad el rey y la reina y los procuradores que había convocado para la celebración de Cortes, pues quiso acordar con ellos todo lo concerniente al presupuesto extraordinario para la campaña que quería hacer en el año siguiente.

En general los resultados de la campaña de don Fernando en Andalucía, pese a su fracaso ante Setenil, habían sido provechosos. Las fuerzas castellanas demostraron cumplidamente, en cuantas veces se les presentó oportunidad, su superioridad sobre las huestes de Muhammad VII. En cambio, se puso de manifiesto la impericia del Infante en el mando de las fuerzas cristianas, pues ni supo imponer su criterio, ni mantener con energía la debida organización de su ejército. Las deserciones no castigadas, el incumplimiento de sus órdenes y la impericia artillera fueron los errores más destacables. Cabe disculpa principalmente por dos motivos: su enfermedad, que imposibilitó la realización de la campaña en su debido tiempo, y la inseguridad que le ofrecía su corregente, que, indirectamente, mediatizaba su libertad de acción y aumentaba la responstabilidad de sus actos, mayor de la que normalmente hubiera tenido en otras circunstancias. Por otra parte, se puso de manifiesto que los numerosos contingentes reunidos por Muhammad VII, dirigidos casi siempre hacia Jaén y Baeza, fracasaron aparatosamente en sus fines ofensivos o en sus propósitos de descongestionar de castellanos su zona fronteriza más amenazada.

Como resultado final de esta campaña mantenida en la comarca rondeña es la ocupación de Zahara, Torre-Alháquime, Ayamonte, Priego, Cañete, Cuevas, Ortegícar y la destrucción del castillo de Audita y Grazalema; a lo cual hay que añadir la anterior conquista de Pruna que señalan en conjunto un considerable avance de la frontera en este sector.

⁵² Vid. Apéndice, doc n.º 8. En El Moral, a 23-XII-1407.

La frontera oriental.—Coincidente con la campaña del Infante, y de acuerdo también con sus órdenes, mientras las fuerzas castellanas cercaban a Setenil, en la frontera de Lorca, pasada la confusión creada por la difusión de noticias que aseguraban una expedición granadina sobre el reino de Murcia, se pensó en realizar una incursión sobre Vera, que obligara a Muhammad VII a mantener fuerzas fronterizas en aquel sector e impedir su concentración en Granada o que acudieran a auxiliar al sector de Ronda.

En 9 de octubre se difundió por el reino de Murcia que el Infante don Fernando había ganado Antequera y puesto sitio a Ronda, y, a la vez, se supo, por los mismos prisioneros moros que habían dado esta noticia, que las principales fuerzas de Vera, los Vélez y su comarca habían sido llamadas a Granada por Muhammad VII. El adelantado Gutier Fernández de Oterdelobos, que había sustituido en la jefatura de la frontera murciana al mariscal Fernán García de Herrera, de acuerdo con el Concejo de Murcia, entendió que era el momento oportuno de verificar una incursión por la comarca de Vera. Se aprovecharía la ausencia de los fronteros granadinos para atacar sus plazas y se ayudaría al Infante con esta amenaza sobre la frontera oriental de Granada. De acuerdo con este proyecto se ordenó hacer con toda urgencia tres mantas, cinco escalas, una gata y preparar todos los pertrechos necesarios para la expedición⁵³.

Como en 16 de octubre llegaron a Murcia cartas del Conce-

⁵³ Desde 9 de octubre a 3 de noviembre, en que terminó la expedición se trabajó sin descanso y se gastaron cuantiosas sumas. Las cuentas del jurado clavario, con detalles nimios, son de un gran interés, pues se menciona desde el salario cobrado por los maestros carpinteros y herreros, hasta los jornaleros, serradores, porteadores y acemileros; coste de las maderas empleadas —nogal, chopo, olmo y álamo— y de su transporte por el río Segura; traslado de los pertrechos a Lorca por moros de Alcantatilla, Abanilla y Fortuna; construcción de picos, azadones, chapas, legones, hebillas, rejas, arpones; gasto en sebo, mimbres garrúchas, clavos, cuerdas de cáñamo y esparto, etc. Las mantas, gata y escalas sumaron 21.300 maravedís; a lo cual se adicionó dos quintales de pólvora, 10,500; una arroba de hierba de ballestas, 1.830 y quinientas docenas de almacén 17.500 total: 41.130 maravedís. Cantidad que se pidió al Infante que se pagara de las rentas reales. (Vid. Apéndice doc. núm. 8. En 23-XII-1407).

jo de Lorca y del Adelantado, en que volvian a insitir en la seguridad de la falta de fronteros en Vera, se tomó el acuerdo de llevar a efecto la incursión proyectada, señalándose el día 23 de octubre para su comienzo. Escribieron al marquesado de Villena y gobernación de Orihuela⁵⁴ solicitando su ayuda, y se ordenó que todos los vecinos de Murcia estuvieran prestos para acompañar al pendón de la ciudad a Lorca, "pues el dicho señor infante era entrado en el reyno de Granada, e otrosy, los cavalleros de la Andalozia que eran ende quedados por fronteros entraran por otra parte, que por esta partida fiziesemos alguna cosa" y que lo más conveniente era ir contra Vélez.

Ignoramos el resultado de esta expedición, que no tenia otro fin que el de causar daño en tierra granadina y obligar a Muhamad VII a enviar fuerzas de seguridad al sector oriental de su frontera. La hueste de Murcia salió detrás de su pendón, que portaba el alguacil Juan Sánchez de Ayala, el domingo 16 de octubre, llevando mantas, escalas, gata y otros pertrechos. Participaron en esta cabalgada la mayor parte de los regidores y jurados; el escribano, andador, trompetas y juglares; fray Juan de Murcia, encargado de decir la misa y atender las necesidades espirituales de la hueste; el cirujano judío Yuçaf Axarques y un gaitero⁵⁵.

La cabalgada, desde la salida de Murcia, duró once días, obteniéndose botín de guerra, ya que se menciona posteriormente el acuerdo de que no debería pagarse alcabala por la cabalgada obtenida en los Vélez, conforme a los privilegios reales que dis-

⁵⁴ A Orihuela rogaron que pregonaran por toda la Gobernación el propósito de entrar el día 23. No pudo pregonarse por estar Aragón en paz con Granada, pero contestaron que «particularmente iran los que querran, que ellos se haran sordos y mudos y cerraron los ojos rogando a Dios que la ida y la vuelta de todos sea a servicio de Dios y honra suya. Y de esta manera fueron tantos de Orihuela que habiendo de tener consejo, hubieron de rogar a muchos hombres honrados que subiesen a la Sala a dar su parecer». (Bellot, *Anales*, I, 201).

⁵⁵ El cirujano fue en un caballo; el fraile en una «haça»; el alguacil, con el pendón, en una mula y el gaitero en una acémila. El alguacil cobró a 60 maravedís diarios; el fraile a 9; el gaitero a tres; los trompeteros y juglares a cuatro; los jurados, andador y escribano a diez, y al cirujano «para que oviese mejor talante de ir otras veces» cien maravedís para las medicinas unguentos y gastos de la entrada.

frutaba la ciudad. También sabemos el nombre de dos heridos en esta incursión: Pedro Manzano, al cual le quebraron una pierna con un viraton, y Fernando Abril, que hubo de quedar en Lorca y a quien se concedió un florín, o sea cincuenta y dos maravedís y medio para el gasto de las medicinas ⁵⁶.

LA CONTRAOFENSIVA GRANADINA Y REACCIÓN CASTELLANA HASTA LA TREGUA DE 1408

Las acciones musulmanas en el reino de Murcia.—Paralizada la empresa castellana con la retirada del ejército del Infante, aunque asegurada la frontera con la distribución de 2.000 lanzas por temor a que Muhammad VII intentara la recuperación de alguna de las plazas perdidas o de ganar alguna nueva los hechos de la frontera quedan en manos de los concejos y caballeros andaluces y murcianos, eficaces protectores de los alcaides fronterizos.

A la acción murciana durante once días en la comarca de los Vélez, contestaron muy pronto los granadinos con la concentración de importantes fuerzas en Vera y los Vélez, muy superiores a las normales guarniciones, con idea de efectuar incursiones de represalia en el reino de Murcia ⁵⁷.

Por un excautivo se supo en 2 de diciembre que desde la frontera granadina se preparaba una expedición contra Lorca. Se hallaba en ella el adelantado Fernández de Oterdelobos, jefe accidental de la frontera murciana, quien pidió ayuda a Murcia, solicitando el envío de 150 ballesteros pagados por un mes con toda urgencia, y que se le enviaron inmediatamente. Al día siguiente, por otra carta, indicaba la proximidad de los granadinos, pidiendo el auxilio de 300 ballesteros y el que notificaran a los vasallos del rey que cumpliendo con su obligación mar-

⁵⁶ Se gastó una arroba y quince libras de pólvora, pagada a 750 maravedís de tres blancas la arroba.

⁵⁷ En Orihuela se recibieron noticias de la concentración de Vera y Huéscar de cinco mil jinetes, y de su propósito de atacar a Caravact, Cehegín y Alhama (Bellot, *Anales de Orihuela*, I, 208).

charan a Lorca con sus lanzas. Todos contestaron que estaban dispuestos a ir a Lorca, con el adelantado o sin él ⁵⁸.

El día 13 de diciembre se supo en Murcia que los moros habían salteado en el puerto de Cartagena de la sierra de Carrascoy. Temerosos de un ataque contra la capital, los regidores ordenaron el cierre nocturno de todas las puertas de la ciudad, menos la del Rabal, que por ser cubierta tenía más fácil defensa; se organizaron cuadrillas de diez jinetes y de quince lanceiros y ballesteros, para vigilar en el interior de la ciudad, y se enviaron cuatro hombres a caballo y cuatro peones a vigilar y guardar dicho puerto; y se auxilió económicamente a 34 jóvenes que se ofrecieron voluntarios a ir durante las fiestas de Navidad a guardar los pasos del campo de Cartagena por si aparecían los salteadores moros "que ovieren maya postremera" ⁵⁹.

Seis días después llegaron noticias más alarmantes. Cartas del concejo de Caravaca y del comendador Pedro López Fajardo que decían "oy sabado al quarto del alba", recibieron carta de Garci López de Cárdenas, comendador de Socoves, avisando de la presencia en la frontera de Muhammad Abenaza ⁶⁰ con considerable fuerzas de caballería e infantería, con propósito de correr la tierra. Tomaron la decisión de enviarles 50 ballesteros, pagados por 12 días una docena de almacén cada uno; otros 100 a Lorca, por 10 días, y poner atalayas en la sierra de Carrascoy y en la torre del alcázar viejo.

⁵⁸ Requería como a vasallos del rey a don Juan Sánchez Manuel, Alonso Yáñez Fajardo, Juan Ortega de Avilés, Fernán Pérez Calvillo, Juan Sánchez de Ayala, hijo de Pedro López de Ayala y a Bernal de Juseo. Hubo otro requerimiento posterior a Juan Sánchez de Ayala, hijo de Juan Sánchez de Ayala. Pero aquí su contestación fue negativa, ya que manifestó que, aunque vasallo del rey, no cobraba sueldo del monarca, por lo que no era obligado a ir, y que únicamente dándole sueldo como a los otros vasallos, estaba dispuesto a partir para Lorca con «las lanzas que el ha» (La carta de Lorca de 14-XII-1407) (Arch. Mun. Murcia, Actas Capitulares de 6-XII-1407).

⁵⁹ Se les dio talegas de harina, a arroba por cabeza, que costaron 627 maravedís de dos blancas. Se avisó a Mula, Cartagena y Librilla, como lugares más próximos al lugar en que se habían localizado a estos almogávares. Por otra parte se compraron 300 docenas de almacén, a razón de diez maravedís.

⁶⁰ Las cartas de 17 de diciembre. Al caudillo granadino se les denomina indistintamente Abenaza, Abenabza, Abenhata, Abenança y Abenaza.

La amenaza granadina tuvo realidad, pues Alhama fue cercada por breves horas, su campo arrasado y los ganados robados. El aviso enviado a Murcia desde Librilla por Gonzalo Pérez Fajardo, llegó tarde. En 28 de diciembre se dijo en Murcia que Lorca estaba cercada, y ante la imposibilidad de enviar más ayuda, don Juan Sánchez Manuel manifestó que aunque los lanceros que él tenía del rey estaban ya en Lorca, por hacer servicio al monarca estaba dispuesto a "partir con su cuerpo" y que le acompañasen cuantos pudieran servir para luchar.

Al día siguiente llegaron cartas de Lorca y del Adelantado, anunciando que Muhammad Abenanza y Yuçaf Raho con tres mil jinetes y numerosa infantería habían corrido y asolado los campos de Aledo, Alhama y Lorca, llevándose todas las vacas y ovejas que encontraron, aunque era falso que se hubieran acercado a Lorca ni talado su huerta. Como sabían que ambos caudillos no habían vuelto al reino de Granada, rogaban que avisaran a todas las poblaciones del reino y a Orihuela, para que estuvieran apercebidas.

En 13 de enero el comendador Pedro López Fajardo manifestó que habían tenido informes de que los mismos caudillos moros que corrieron los campos de Lorca y Alhama en el mes anterior, pretendían volver a entrar en el reino de Murcia. Según estos informes pasarían por las cercanías de Caravaca y Mula, para establecer su real entre Mula y Molina, y amenazar a Molina, Cieza y demás lugares de la comarca, así como al campo de Cartagena. Conforme a estas noticias, el Concejo de Murcia adoptó distintas medidas, como la de enviar una lombarda a Caravaca; recoger todo el trigo existente en los lugares donde había morerías, para impedir que los granadinos pudieran abastecerse; guardar todos los ganados; poner atalayas en Carrascoy, en la peña Inchola y en el alcázar viejo; enviar escuchas al campo de Lorca y ordenar que todos los vecinos capaces de combatir, estuvieran preparados con sus correspondientes armas. En la reunión, a la que asistieron Alonso Yañez Fajardo, los comendadores de Caravaca, Archena y Ricote, y Miguel del Palomar, arcediano de Cartagena, se estudió la con-

veniencia de pedir rehenes de todas las morerías del reino, para impedir que ayudaran o guiaran a los granadinos, y de tomarles todas las armas que tuvieran.

Al día siguiente una carta de Cartagena comunicaba que por Juan de Zaragoza, marinero de una barca de Valencia, que había llegado a dicho puerto procedente de Almería, y conforme le había dicho un elche moro que lo comunicara en Cartagena, el re de Granada reunía gente para entrar en el reino, llegar hasta Murcia y apoderarse del arrabal, en donde estaba la morería. Solicitaban la prestación de 50 ballesteros para mejorar su defensa, a lo cual se negó el concejo de Murcia por no tener obligación a ello, contestando que si necesitaban gente de guerra, pagaran el sueldo por adelantado y no pondrían inconveniente en que fueran los que consideraran necesarios.

En 17 de enero quien escribía era la villa de Mula, insistiendo en el peligro que se cernía sobre el reino y en la necesidad de que se recogiera todo el trigo existente en las morerías del adelantamiento. Llegó después carta de Pedro de Soto, alcaide de Caravaca, haciendo saber que por un moro puesto a tormento habían sabido "que están en Vera toda la gente de pie e de cavallo que entraron al campo de Lorca e aun mas gente que se llega, que tanta es que non a cuenta, pero que non sabe para donde an de yr, mas cierta es la entrada, e esto vos enbio dezir porque es cierto". Ante estas noticias desde Murcia se enviaron cien ballesteros a Lorca y cincuenta a Cartagena; por su parte arreglaron y reforzaron los adarves de la Arrixaca, en donde se encontraba la morería murciana. Aquel mismo día, a media noche, las atalayas puestas en Carrascoy hicieron almenaras visando la presencia de tropas granadinas en el reino. Se reunió inmediatamente el Concejo, reforzaron las guardias, avisaron a toda la población y enviaron un hombre a Archena a deshacer el puente sobre el río Segura.

Se repitieron las noticias alarmantes, pero, realmente, no pudo precisarse el paso de fuerzas granadinas por ningún lugar del reino. De nuevo circularon noticias en 15 de febrero de un ayuntamiento granadino en la frontera de Murcia, e incluso se escribió al Infante para ponerlo en su conocimiento,

pero nada sucedió por entonces. Más tarde el peligro renació con la presencia de fustas musulmanas estacionadas ante la playa de Guardamar, amenazando con desembarcos que no llegaron a efectuarse ⁶¹.

Cerco de Alcaudete.—Todas estas noticias continuamente difundidas por el reino de Murcia no carecían de fundamento, pero las fuerzas reunidas por Muhammad VII no estaban destinadas a Murcia, sino que se presentaron el sábado 18 de febrero ante los muros de Alcaudete en número considerable, con lombardas, escalas y mantas ⁶². De nuevo repetía el rey de Granada su ataque en el obispado de Jaén, por considerar que, precisamente, en aquella dirección era por donde se ofrecía mayor peligro para su reino, y por lo que le convenía cuidar más aunque la plaza elegida en esta ocasión quedaba a retaguardia de la fortaleza cristiana de Alcalá la Real, el punto más avanzado de Castilla frente a la capital del reino nazarita.

Pertenecía Alcaudete a Martín Alonso de Montemayor, cuya experiencia guerrera había mostrado ya en distintas ocasiones su valía, y que ante la amenaza granadina se dispuso a defender su villa con toda energía. Junto a él se encontraban su hermano Diego; el comendador de Martos; Lope de Avellaneda, jefe de los lanceros del Regente y Lope de Córdoba. Al día siguiente, domingo, Muhammad dispuso el ataque sobre Alcaudete con una táctica nueva, la de dividir su ejército en tres cuadrillas, de 40.000 infantes y 500 jinetes cada una, que se fueron sucediendo en el transcurso del día en sus combates contra Alcaudete, mientras que cuatro lombardas disparaban sin cesar

⁶¹ Para combatir a estos corsarios, don Fernando había ordenado armar algunos barcos en Cartagena, y para abastecimiento de ellos mandó hacer bizcocho de trigo perteneciente a las tercias reales del obispado de Cartagena. Encargado de ello fue el escribano Lope González de Toledo, a quien el Condestable nombraría poco después (en 5-V-1408. Cart. cit. fols. 47 v 48 r.) su alcalde en el adelantamiento. Don Fernando, desde Alcalá de Henares, 9-I-1408 (Cart. cit fols. 34 v. 35 r.) le dio poder suficiente para todo ello. En 12 de marzo González de Toledo exigía al Consejo de Murcia el cumplimiento de lo dispuesto por el Regente, entrega de trigo y desembarco de los hornos para poder cocer el bizcocho.

⁶² La Crónica indica 7.000 de a caballo y 120.000 peones. Aunque parece fuerza excesiva, es indudable la movilización de todo el reino.

sobre la villa; la tercera cuadrilla llegó a poner escalas sobre la plaza, pero las defensas le obligaron a alejarse abandonando las escalas, que ya de noche fueron recogidas e introducidas en la villa por los cristianos.

El lunes, 20 de febrero, se mantuvo la misma táctica de ataque musulmán y continuó la defensa segura de la plaza, hasta que, apreciando su inutilidad, Muhammad VII recurrió a una nueva forma, la de dejar de combatir directamente la villa y abrir minas en torno de ella. Pero, advertidos, los castellanos hicieron contraminas hasta dar con las que abrían los moros, matando a todos los que en ellas trabajaban y tomándoles sus herramientas. De nuevo, durante los días 21 y 22, los granadinos volvieron a su primer sistema de ataque, pero con mayor cautela, pues apreciando su desventaja y las pérdidas sufridas, se limitaron más que nada a mantener el fuego de artillería sobre Alcaudete, sin intentar nuevos asaltos. Prueba de que desesperaban ya de conseguir su objetivo, fue la de talar los olivares, viñas y huertas cercanas, previendo su obligada retirada.

Como la presencia granadina duraba ya cuatro días ante Alcaudete, Muhammad VII, pese al cuantioso ejército que mandaba, temía la ayuda que los fronteros andaluces habrían de dar, porque en Baena se concentraron las fuerzas del mariscal Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, Pedro Núñez de Guzmán y Rodrigo de Narváez con 500 caballos, que se dispusieron a prestar auxilio a Alcaudete o a inquietar al ejército granadino. Tuvieron conocimiento de que una recua moro escoltada por el alcaide de Galid, guarda mayor de Muhammad VII, con mil jinetes, numerosos infantes y gran número de acémilas habían ido a Albendín por trigo. Decidieron marchar a dicho lugar y enfrentarse con ellos. En el combate se consiguió dar muerte a 300 jinetes y apresar veinte, hasta que la llegada de nuevos refuerzos musulmanes les obligó a retirarse, con sólo seis escuderos muertos y muchos caballos.

En el mismo día don Fadrique Enríquez, conde de Trastámara, que estaba en Porcuna, supo que dos mil moros habían salido a forrajear, dividiéndose entre Higuera de Calatrava y las

orillas del río Salado de Porcuna, menos unos 300 que marcharon contra la torre "que dicen Alarabes". Ordenó ensillar los caballos y repicar las campanas para que se armase toda la villa, cuando llegó su hermano don Enrique Enríquez con 30 de caballo; como se anunció la partida de los moros que estaban en Higuera de Calatrava, y llegaron otros 50 cristianos de Baeza, se acordó salir a su encuentro a escaramuzar con ellos para evitar su partida y dar lugar a que llegase don Fadrique. Las fuerzas del conde don Enrique y de Baeza lucharon con la vanguardia musulmana, pero conociendo la cercanía de 500 jinetes y 2.000 peones granadinos, aguardaron la llegada del conde de Trastámara para evitar una lucha desastrosa. Después, bajo el mando de Fadrique, entraron en abierta batalla con los moros, causándoles la pérdida de 200 hombres y apresando 120 acémilas, con la sola pérdida de unos 30 caballos.

Un tercer grupo de fronteros, cuyos jefes eran Juan de Quesada, señor de Villargarcía, Alonso Tenorio, adelantado de Cazorla, y Gonzalo Ruiz de Sosa, se reunieron en Martos, con objeto de prestar ayuda a Alcaudete, salieron contra los moros que habían ido a la torre de Alarabes con cien jinetes, y encontrando en su marcha al comendador mayor de Calatrava, lograron que se uniera con ellos, lo que significaba 40 jinetes más. Todos unidos dieron batalla a los granadinos, los vencieron y persiguieron hasta el río Salado, logrando dar muerte a un centenar de moros y cautivar a diez de ellos; y como fruto de la cabalgada obtuvieron 60 caballos, muchas acémilas y otros ricos despojos.

Estos tres encuentros, todos ellos desastrosos para los granadinos, y la continua afluencia de fronteros cristianos hacia aquella comarca, junto a sus fracasos de combatir la villa, decidieron al rey de Granada a levantar el cerco. Acto que realizó en el amanecer del jueves 23 de febrero, enviando delante **todo** su fardaje, gente de pie y 2.000 de a caballo, y quedando en retaguardia para defenderla de cualquier ataque cristiano ⁶³. Al

⁶³ La Crónica manuscrita de Alvar García dice que iban 3.000 caballeros en retaguardia y 3.000 en vanguardia, lo que corrobora el número de 7.000 de que habla al comienzo de las operaciones contra Alcaudete.

pasar junto a Alcalá la Real, donde se encontraba don Alonso Fernández, señor de Aguilar, salieron de la villa cien jinetes a escaramuzar con los moros, dando muerte a más de veinte de ellos. Lamenta el cronista que los cristianos no se hubieran agrupado para presentar batalla total al rey de Granada en su retirada, para aprovechar tanto el desánimo de su ejército por los repetidos fracasos que había tenido, como porque su caballería, mal alimentada, no era entonces muy peligrosa; a lo que se podía añadir las pérdidas sufridas, que valora entre 1.500 a 2.500 hombres.

Resulta fácil esta lamentación posterior. Si las cifras de combatientes granadinos que indica la *Crónica* son veraces, la de 7.000 jinetes y 120 infantes, aunque las pérdidas hubieran sido elevadas —que unos calculaban en 1.500 hombres y otros en mil más—, no tenían los caballeros andaluces fuerzas suficientes, aunque todos se hubieran unido, para intentar enfrentarse a Muhammad VII. Por otra parte, estos fronteros tenían una obligación primordial, que era la de conservar y asegurar las plazas que se les había encomendado, y sólo en orden secundario el de ayudar a sus compañeros frente al enemigo común. De aquí la estratégica posición que adoptaron, al agruparse en las plazas vecinas a Alcaudete, atentos a cuanto allí ocurría, pero sin perder contacto con sus villas. Desde aquéllas procuraron proporcionar ayuda a los sitiados y hostilizaron a las huestes de Muhammad que se separaban del real granadino, cuando la ocasión les era propicia. Así vemos participar contra los moros asentados ante Alcaudete, a todas las fuerzas cristianas de las poblaciones existentes alrededor de Alcaudete, Porcuna, Jaén, Baeza, Cazorla, Martos, Alcalá la Real, Cabra, Baena, Aguilar y Córdoba, pero siempre en número no muy grande, por ser lo más conveniente, pues aunque todos se hubieran unido, no alcanzarían fuerza suficiente para presentar batalla abierta a los granadinos.

Que el número de combatientes en la totalidad de la frontera cristiana no era muy numeroso, queda probado en la queja de los caballeros andaluces que estaban en la Corte de Juan II y de algunos procuradores de las ciudades. Conjuntamente hicieron un requerimiento a los tutores del rey, protestando de

la gran vergüenza que era para el monarca y para todos los castellanos que Muhammad VII se hallara tantos días ante Alcaudete sin ser combatido, y sin que los regentes enviaran fuerzas suficientes para obligarla a levantar el cerco, más aún por el peligro de que “estando el Andalucía con tan poca gente quanta estaba, podía ser de perder una gran parte de ella”.

La lucha interna que sostenían en la Corte los partidarios de doña Catalina y don Fernando se centró, precisamente, en este problema. El Infante, conocedor de la frontera y de la disposición en que se hallaba, urgía en que se enviaran inmediatamente refuerzos, y los consejeros de doña Catalina oponían que Alcaudete resistiría sin necesidad de ayuda y de verificar más gastos en Andalucía, pues ya se habían tenido con exceso de la campaña del Infante. El requerimiento y exigencia de los caballeros y procuradores obligó a doña Catalina a aceptar aquella demanda, y de acuerdo con el Infante dispuso que los maestros de las Ordenes, Condestable, don Pedro Ponce, del Adelantado de Andalucía y Pedro López de Ayala marcharan a Andalucía con 1.500 lanzas para su seguridad en tanto que no se firmaba alguna suspensión de hostilidades.

Si la realidad de los hechos había dado la razón a don Fernando, y los consejeros de la Reina tuvieron que ceder en su terca negativa, basada en no proporcionar poder, gloria ni fuerza al corregente, en cambio, lograron para verificar una segunda campaña en la primavera de aquel año contra el reino de Granada. Había logrado don Fernando que las Cortes, reunidas en Guadalajara, aprobaran un presupuesto extraordinario para la guerra de 60 millones de maravedís. Pese a su aprobación, la negativa de doña Catalina se impuso. Pretendía don Fernando reunir en Córdoba, en el mes de abril, todas sus fuerzas proponía llevar 3.000 lanzas y 8.000 peones de Castilla, a los cuales se sumarían 12.000 peones de Andalucía y las fuerzas de que disponían los capitantes de la frontera. La oposición fue tan tenaz y activa, como vehementes eran los deseos del Infante. Se redujo el presupuesto extraordinario para la guerra; se aseguraron las plazas fronterizas y se aceptaron las conversaciones que solicitaban los enviados del rey de Granada para tratar de la firma de una tregua. Así se daba un paso

decisivo para acabar con el estado de guerra con Granada y abría horizontes nuevos para un distinto estado de cosas.

La cabalgada de Garci Fernández Manrique. — Con centro en Jerez de la Frontera y como capitán mayor de la frontera de todo el sector occidental del reino de Granada, Garci Fernández Manrique tenía instrucciones y poderes del infante don Fernando para la gobernación militar de todo el sector. Frontera que comprendía la casi totalidad de los actuales límites de la provincia de Málaga con la de Cádiz. A su conocimiento llegó la noticia de que se organizaba una razzia granadina contra Medina Sidonia, y con toda celeridad reunió las fuerzas de los Concejos de Jerez, Vejer de la Frontera, Rota y Sanlúcar de Barrameda, con un total de 800 hombres y los concentró en Medina Sidonia en espera de la anunciada correría musulmana.

Al enterarse los granadinos de los preparativos defensivos ordenados por Garci Fernández Manrique, comprendieron la imposibilidad de la sorpresa armada proyectada, y abandonaron la idea de efectuar su expedición, volviendo a sus lugares respectivos los caudillos que habían sido concentrados, o marchando al ejército levantado por Muhammad VII para ir sobre Alcaudete.

Decidió entonces Garci Fernández Manrique aprovechar las fuerzas que había reunido para efectuar una razzia por el territorio granadino. Salió de Medina Sidonia en 25 de febrero, coincidiendo con la concentración musulmana en Alcaudete, y recorrió las tierras costeras mediterráneas comprendidas desde Gibraltar, Casares y Estepona hasta Marbella. Consiguieron dar muerte a setenta moros, coger veinticinco prisioneros, más tres mil cabezas de ganado vacuno, ciento cincuenta yeguas y seis mil ovejas. En su retirada, aunque no fue molestado por los moros, encontró Garci Fernández algunas dificultades para atravesar los ríos por ir muy crecidos, lo que le obligó a prescindir de las ovejas, que mandó sacrificar, llegando sin más contratiempos a Jerez con toda su cabalgada.

La entrada del alcaide de Zahara.—Muy poco después de la acción de Garci Fernández decidió el alcaide de Zahara, Alonso Fernández Melgarejo, enviar a su alcaide Fernán Rodríguez de Vallecillo con 50 jinetes y 80 peones a procurar apoderarse

de un cuantioso ganado que los moros tenían en los alrededores de Grazalema. Repitiendo la acostumbrada estratagema de dejar la fuerza más poderosa escondida y que sólo recorrieran el campo una veintena de hombres a caballo, Fernán Rodríguez logró su propósito, ya que los moros, en número de ochenta jinetes y doscientos peones salieron en su persecución. Los corredores, siguiendo su táctica, iniciaron la huida, sin apresurarse mucho, hacia el lugar en que habían quedado ocultos sus compañeros. Entraron los moros en la celada y los cristianos aprovecharon la coyuntura para salir y atacarles. La sorpresa y el desconcierto disminuyó su superioridad numérica y, por ello, los cristianos obtuvieron una rápida victoria. Veintiséis moros muertos y quince presos, por cinco castellanos muertos y quince heridos, más un buen botín, cuya venta proporcionó 40.000 maravedís, fue el balance de su victoria.

Cabalgada de Fernán Arias de Saavedra. — También casi coincidente con la entrada del alcaide de Zahara, Fernando Arias de Saavedra, alcaide de Cañete, preparó otra cabalgada. La estancia en la villa de varios caballeros amigos suyos dio lugar a que se acordara realizar conjuntamente una correría por territorio granadino. Más que afán de botín, como en otras muchas ocasiones, los caballeros fronterizos llevaban a efecto estas incursiones como un juego peligroso, en el aspecto inolvidable del deporte caballeresco.

El día 15 de marzo, 29 hombres de armas y 37 jinetes salieron de Cañete y se adentraron en la serranía hasta dar vista al Mercadillo de Ronda. De nuevo, como en tantas otras ocasiones, recurrieron a la clásica celada. Quedaron ocultos los hombres de armas, y los jinetes recorrieron los alrededores de Ronda, dando muerte a 30 moros y recogiendo 300 vacas y yeguas y hasta 2.000 ovejas. Reunidos los caballeros y deshecha la celada, cuando regresaban hacia Cañete vieron aproximarse a 200 moros de caballo y un millar de peones bajo el mando del alcaide de Ronda.

La proximidad de tan peligroso enemigo, aconsejó a Fernán Arias adoptar las medidas convenientes. Dispuso que 16 jinetes condujeran la cabalgada y se adelantaran cuanto pudieran, y el resto, los 50 hombres que le quedaban, marcharon de-

trás, procurando en su lento caminar aumentar las distancias entre su presa y los perseguidores. Cuando la proximidad de los rondeños fue peligrosa, Fernán Arias decidió presentarle batalla, pero los moros se estuvieron quedos, sin intentar emprender escaramuza alguna. Vista esta detención, el alcaide de Cañete dio orden de continuar lentamente su camino, y cuando calculó que la cabalgada iba ya a la altura de Setenil, temiendo alguna asechanza de sus habitantes, aceleró la marcha hasta alcanzarlos.

Como había sospechado, de Setenil salió su alcaide con 15 caballeros para atajar el paso a los que conducían la cabalgada. Decidido a dar buena cuenta de su valía y comprendiendo la inutilidad de la espera, reunió a todos sus hombres y decidió comenzar la batalla contra los moros. Bien conjuntados los cristianos, su ataque fue tan decisivo que pese a su inferioridad desmontaron en la primera arremetida a 40 granadinos, lo que fue suficiente para que los demás emprendieran la huida, perseguidos por los cristianos hasta las puertas de Setenil. Dieron muerte a más de cien musulmanes sin sufrir pérdida alguna, y regresaron alegres a Cañete con su espléndido botín.

La amenaza granadina sobre el reino de Murcia.—A mediados del mes de marzo almogávares granadinos hicieron diversas correrías por el interior del reino de Murcia, llevándose presos a varios vecinos de la capital, capturados en el campo de Cartagena. El Concejo recurrió a los voluntarios y pagó 30 arrobas de harina a 30 jóvenes que marcharon a vigilar los pasos y travesías del campo de Cartagena.

En 27 de marzo se recibió en Murcia una carta de don Fadrique Enriquez, conde de Trastámara, haciendo saber que Muhammad VII se dirigía con sus fuerzas al reino de Murcia. A la vez se supo que el sábado anterior se habían realizado otros dos salteamientos moros en el lugar de Corvera, de donde se llevaron cinco hombres y diecisiete bestias. Por otra parte, Lorca avisaba que la entrada granadina se había verificado por Piedra Mala, Camelas y por otros lugares comprendidos entre el puerto y rambla de Purias hasta el mar; aconsejando poner seis atalayas, tres por Lorca y tres por Murcia. Aquella misma noche las almenaras hechas en la tierra de Carrascoy anun-

ciaban la presencia de jinetes moros. Se movilizó toda la ciudad y se enviaron mensajeros a Orihuela y marquesado de Villena solicitando la ayuda de gente; se compraron cinco arrobas de pólvora para las lombardas y se sacó todo el material bélico de los distintos lugares en que se encontraba.

Dos días después el Concejo acordó enviar a Lorca 300 balles-teros a Lorca, abonándoles sueldo por 15 días. Tan sólo fueron 200 ⁶⁴ a las órdenes del regidor Antón Jiménez, que iba como alférez, y que volvieron a Murcia en 25 de abril, por no haber tenido efecto la amenaza de invasión, tantas veces anunciada.

La segunda cabalgada de Garci Fernández Manrique.—En 4 de abril llegaron noticias a Jerez de que el alcaide Mofarres se hallaba en la torre de la Horra con dos mil jinetes y veinticinco mil peones. Garci Fernández escribió a Sevilla pidiendo ayuda contra esta peligrosa vecindad, y concentró las fuerzas de su capitania de la frontera en Medina Sidonia. Allí acudió Lope Ortiz de Estúñiga, alcalde mayor de Sevilla, con 200 de caballo. Puestos de acuerdo y para asegurarse de la dirección que había seguido la hueste granadina, enviaron espías a las proximidades de la torre de la Horra. Los exploradores volvieron con la noticia de que en aquella comarca no había concentración alguna de moros. A media noche las almenaras hechas en Vejer avisaban la presencia de fuerzas moras en sus cercanías, por lo que se dirigieron con todas sus fuerzas en ayuda de aquella villa. Cuando llegaron sólo pudieron saber que los granadinos habían robado el campo y se habían llevado cuatro hatos de vacas. Salieron en persecución de los moros. Llegando hasta el puerto del Celemín, a cinco leguas de Medina Sidonia, y cuando los granadinos se dieron cuenta de la persecución de que eran objeto, abandonaron su presa y se adentraron en su tierra.

De vuelta hacia Medina Sidonia, un adalid hizo saber a Garci Fernández el concierto que tenía hecho con algunos habitantes de Castellar de la Frontera, para que le entregaran la plaza. Partieron las fuerzas castellanas hacia aquella fortaleza, para

⁶⁴ Se redujo la ayuda por no tener dinero para abonar tanto sueldo, y para pagar a los que fueron hubo de tomarse, como en otras ocasiones, maravedís suficientes de los cogedores de las rentas reales.

detenerse en Valverde, a dos leguas de Castellar, en espera de que anocheciera para intentar la sorpresa. Seis vecinos de Castellar, que habían salido al monte a cazar, descubrieron a los escondidos castellanos y corrieron a avisar a los defensores de Castellar. Quedaba así destruida su conjura de ocupar Castellar por sorpresa, y decidieron los dos jefes efectuar una cabalgada en busca de botín, pero cuando para ello se estaban preparando les llegó una carta de los regentes anunciando la firma de una tregua con los vasallos del rey de Granada, y esta comunicación les impidió a no seguir en su empeño y volver a Jerez de la Frontera.

La firma de la tregua de abril de 1408 obligaba a un alto en la lucha fronteriza, y esta suspensión de hostilidades abre paso a una etapa distinta en las relaciones de Castilla y Granada, cuyas bases más esenciales son las embajadas para lograr la renovación de la tregua y los robos fronterizos. No desaparece totalmente la inquietud en la frontera, ni se establecen relaciones comerciales entre ambos reinos. Almogávares de uno y otro lado y contrabandistas castellanos, que pasaban al reino de Granada alimentos y cosas prohibidas, son los que con sus hazañas y fechorías, mal distinguidas unas de otras, reflejan con sus actos la vivencia exterior de una frontera no dormida.

III

PERÍODO DE TREGUAS

La tregua de 1408.—Los acuerdos adoptados por los regentes de Juan II en Guadalajara, en tanto que transcurría el cerco de Alcaudete, de no verificar campaña alguna en el año 1408 contra el reino de Granada, y la mala disposición de los consejeros de doña Catalina hacia el Infante, influyó en la decisión de conceder una suspensión de hostilidades a Granada. Se formuló el comunicado oficial de que se aseguraban las fronteras y se suprimía con ello, o por lo menos se disminuían, los cuantiosos gastos que suponía el mantenimiento de capitánías en las fronteras. El hecho privado de esta suspensión descansaba en el

intento de los consejeros de la Regente de disminuir el poderío militar que, circunstancialmente, asumía don Fernando cuando se emprendía alguna campaña, y el de evitar, también, la división de Castilla en dos provincias, acto que impedía la intervención solapada de dichos consejeros en la provincia que quedaba bajo la directa administración de don Fernando. Esta es la causa de que Alvar García de Santa María, afecto al Infante, escriba con la claridad y conocimiento que le caracterizan al narrar la firma de tregua "los que desamaban al Infante ponían en voluntad a la Reyna que se trabajase como la tregua fuese por mas tiempo, diciendo quel Infante con la guerra se hacia muy grande, e que tanto quanto crecía el poder del Infante, tanto se amenguaba el suyo, e que no era razon que ella lo sufriese".

A este deseo de paz castellano, impuesto por la reina doña Catalina, se sumaba también el decaído Muhammad VII, fracasado en sus diversos intentos de revancha en tierras cristianas, especialmente ante los muros de Alcaudete; su mal estado de salud, que no le permitía la actividad necesaria para defenderse de un fuerte ataque castellano, y los daños que le ocasionaban los fronteros andaluces en su reino, muy superiores a las parias que tuviera que entregar al firmarse la tregua. De aquí el que sus mensajeros, enterados y aprovechando las rencillas cortesanas de Castilla, insistieran en su solicitud de firmar una suspensión de hostilidades.

Así se llegó al acuerdo de firmar una tregua. De sus condiciones no tenemos más noticias que las de su duración, que se extendía por siete meses, desde el 15 de abril al 15 de noviembre. Los regentes, por su carta ⁶⁵ firmada en Guadalajara a 26 de abril, hacían saber al Concejo de Murcia la suspensión de hostilidades que habían acordado por sete meses ⁶⁶, y le ordenaban que, en la forma acostumbrada, la pregonaran ⁶⁷ y guardaran.

⁶⁵ Apéndice. Doc. n.º 9.

⁶⁶ La Crónica de Pérez de Guzmán, pág. 308, equivocadamente dice que la tregua fue firmada por ocho meses.

⁶⁷ Recibida y pregonada en 29 de abril, el Concejo de Murcia acordó gratificar al

El día 27 de junio don Juan Sánchez Manuel, vasallo del Rey y poderoso ciudadano murciano, se presentó ante el Concejo de su ciudad, reunido por colaciones “en que podían ser dozentos omes”, y presentó una carta de creencia del infante don Fernando, fechada en Guadalajara en 29 de mayo⁶⁸. Leída y aceptada la creencia, don Juan Sánchez Manuel expuso que el Infante les agradecía todos los esfuerzos que habían realizado frente a los moros y sus incursiones en territorio granadino durante la guerra.

A continuación, refiriéndose a la tregua firmada con el rey de Granada y para cortar las falsas noticias que se habían difundido, les manifestó “non creades dezires de malos nin creades que se fezieron por dadivas nin por temor, salvo porque por todo el Consejo fue así acordado”, mas otras razones que expuso seguidamente. Entre ellas el que la frontera se encontraba poco protegida por falta de gente de armas; porque escaseaban los víveres y el forraje para las bestias; porque los hombres volvieron de la campaña muy cansados; faltaba dinero para pagar sueldos y gastos hechos; escaseaban los caballos; y porque el Infante pensaba durante esta suspensión de hostilidades que se podrían reparar todas las fortalezas, preparar el armamento necesario para la siguiente campaña y, sobre todo, abastecer debidamente la frontera de trigo y las galeras de la escuadra de pan y bizcocho, “e que ni onbres de armas ovieran de estar en la dicha frontera, que tanto montara un celemin de cevada de costa como lo que le dieran de sueldo cada día”.

Junto a estas razones, Sánchez Manuel manifestó que el Infante tenía otras muchas que aconsejaban la **firma de una** tregua de cinco meses con Granada, entendiendo que con ello servía al rey y al bien de sus súbditos. A continuación siguió diciendo que don Fernando, con la firma de la tregua, no pensaba abandonar sus propósitos de guerra y de reconquistar plazas en el reino granadino, sino que, al contrario, este descanso le serviría para una mayor preparación y lograr muy pronto mayo-

hombre que acompañó hasta Cieza al mensajero que presentó la carta real anunciando la firma de la tregua.

⁶⁸ Arch. Mun. de Murcia. Cartulario real 1391-1412. fol. 48 r.

res éxitos que los que se habían obtenido en el año anterior. Así, en nombre del Infante, quería que llegase a conocimiento de todos lo sucedido hasta entonces y su propósito de continuar la guerra “y quanto de otro desmano o estorvo algunas personas le quisieren poner porque la dicha guerra non se fiziese, que non le pueden fallestes quatro mill lanceros de su nomina e de sus servidores e con las cibdades que quisieren seguir la dicha guerra aunque surgiese la negativa de los consejeros de doña Catalina, como claramente lo manifestaba su emisario, dispuesto a hacerla de su propio peculio y con la ayuda de los caballeros y ciudades que consideraba leales a su idea, queda aún más patente al hacer saber Sánchez Manuel al Concejo de Murcia, que una de las ciudades con que contaba el Infante para llevar adelante la guerra, si encontraba dificultades en otros lugares y con otras personas, era la ciudad de Murcia, a la cual consideraba como una de las más fieles y que mejores servicios habían prestado al rey y a sus reinos.

Terminó Juan Sánchez Manuel de exponer su creencia diciendo que el Infante les recordaba la menor edad del Rey, su sobrino, y que consideraban el daño que podría producirle si la ciudad no estaba tranquila y sosegada. Por ello les ordenaba que si algunas personas promovieran alborotos, movimientos o manifestaran en público su descontento por la firma de la tregua, con intento de alterar el orden en la ciudad o de promover banderías, que les dieran duros castigos, para escarmiento de unos y ejemplo a los demás. El Concejo, oída la totalidad de la creencia expuesta por don Juan Sánchez Manuel, acordó, por unanimidad, agradecer al Infante sus buenos propósitos y agradables palabras que había tenido para la ciudad, y, a la vez, hacerle saber que todos ellos estaban prestos a cumplir cuantas órdenes diera.

La rotura de la tregua.—Las treguas se guardaban celosamente por ambas partes, y tan sólo esporádicamente surgían protestas de uno u otro lado contra salteamientos hechos por almogávares o corsarios, que aprovechaban la mutua confianza para verificar sus rapiñas. Estos hechos, no muy frecuentes, eran resueltos, generalmente, por los concejos de las poblacio-

nes fronterizas, que, afectados directamente por el robo o por temor a una represalia de sus contrarios en caso de no satisfacer la justa demanda, procuraban la restitución o arreglo pacífico. Ayudaban también a esto los capitanes mayores de la frontera de moros y cristianos estaban capacitados para resolver ráteramente de moros y cristianos. Tanto los adelantados como los juepidamente los quebrantamientos de treguas, asaltos fuera de caminos, etc. Lo normal era que estas quejas se resolvieran con acuerdos locales, sin necesidad de recurrir a las cortes respectivas.

Ahora bien, existía una jurisprudencia tradicional en lo que afecta a las treguas y paces, y era que el fallecimiento de alguno de los monarcas firmantes de ellas, daban fin instantáneamente a los tratados y acuerdos firmados. Entonces, la parte más interesada en el mantenimiento de la suspensión de hostilidades, buscaba formas para una ratificación del acuerdo anterior. Pero en este intervalo siempre surgía el oportunista, generalmente en la parte cuyo monarca había fallecido, quien aprovechando el desconocimiento de la parte contraria y la poca vigilancia de sus poblaciones fronterizas y sobre sus ganados, tranquilos por la paz reinante, verificaban sigilosamente alguna expedición en busca de botín, o realizaban un golpe de mano que les permitiera apoderarse de alguna fortaleza fronteriza. También se aprovechaban los largos plazos que duraban las negociaciones para la firma de pactos o treguas, incluso horas antes de que entrara en vigor el acuerdo para impedir la reacción ante el hecho consumado. De todas ellas tenemos ejemplos en esta minoría, como veremos más adelante.

El viernes 11 de mayo de 1408 fallecía en Granada su monarca Muhammad VII. Le sucedió su hermano Yúsuf III, quien se encontraba entonces preso en la fortaleza de Salobreña; Muhammad antes de morir ordenó su ejecución, pero Yúsuf logró de sus carceleros que le permitieran terminar una partida de ajedrez que se hallaba jugando. Prolongada habilidosamente, ganó el tiempo suficiente para que llegaran sus partidarios y así salvar la vida. Fue Mofarrach, alcaide de Ronda, quien acudió a Salobreña y logró rescatar a Yúsuf antes de que se cum-

pliera la ejecución ordenada por Muhammad; le acompañó a Granada y proclamóle como rey sin oposición alguna ⁶⁹.

La muerte de Muhammad no se supo en la frontera hasta el día 20 de mayo ⁷⁰, por carta que el mismo Yúsuf III envió a Alonso Fernández, alcaide de Alcalá la Real, quien su vez se encargó de avisar a todos los lugares de la frontera. Al mismo tiempo Yúsuf le anunciaba que enviaba a Abd Allah al-Amin como embajador ante los regentes de Castilla, en solicitud de que se mantuviera en igual forma la tregua firmada por su hermano y en vigor hasta entonces. Pasó al-Amin por Alcalá la Real y marchó a Guadalajara acompañado de maestre Alonso Fernández, un converso, alfaqueque del alcaide de Alcalá la Real.

Conforme al criterio imperante en la corte castellana, los regentes no sólo aceptaron la propuesta de Yúsuf III, confirmando la tregua de siete meses que corria por entonces ⁷¹, sino que concertaron su prórroga por cuatro meses y medio más, esto es, hasta el día primero de abril de 1409, tanto por tierra como mar ⁷². Así concertadas y juradas, los regentes enviaron a Granada con al-Amin a Gutierre Díaz, su escribano de cámara, para que ante su presencia las jurase también Yúsuf III.

La acción de Priego.—Un hecho vino a romper momentáneamente las tranquilas relaciones entre ambos reinos, en el cur-

⁶⁹ Agradecido a sus servicios, Yúsuf contrajo matrimonio con una hija suya y le nombró alguacil mayor. Con este parentesco y cargo, Mofarrach fue el personaje más destacado de la corte granadina, hasta su muerte, ocurrida en 1410, en una escaramuza con los cristianos en las cercanías de Montefrío. (Carriazo, *Un alcaide*, cit., págs. 85-90).

⁷⁰ El Concejo de Murcia acordó en 25 de mayo enviar un mensajero a la Corte a notificar las cartas que habían recibido, en que se comunicaba la muerte del rey de Granada. Al día siguiente el jurado clavario pagó a don David Abenaex, físico, por «romançar» las cartas de Granada, trescientos maravedís de soldada.

⁷¹ Crónica de Pérez Guzmán, pág. 313.

⁷² La carta anunciando la prorrogación de la tregua a Butier Fernández de Oterdelobos, adelantado del reino de Murcia, y a los concejos de Murcia y Cartagena, está fechada en Torrelaguna en 17 de septiembre de 1408. (Apéndice doc. n.º 10), no en diciembre, como, por error, aparece en Suárez Fernández. *Juan II y la frontera de Granada*, pág. 11. Vid. también a Carriazo, ob. cit. pág. 83, en que se indica que en la Crónica manuscrita de Alvar García de Santa María, se dice que al-Amin intentó alargarlas aún más, cosa a la que se negó el Infante.

so de la tregua en vigor. Había dispuesto don Fernando, en su decisión de asegurar la frontera granadina y de estar preparado adecuadamente para cuando pudiera realizar una nueva campaña contra los moros, de poblar y fortalecer los lugares de las Cuevas y Priego, que los granadinos habían destruido a poco de levantarse el cerco sobre Setenil. Alonso de las Casas, hombre cuantioso y de buena fama, solicitó del Infante la tenencia de Priego a cambio de que le otorgara la alcaidía y pagara sueldo para mantener guarnición, comprometiéndose a rehacer el castillo y poblar la villa. Aceptada por el Regente esta propuesta, que tan acorde se hallaba con sus pensamientos, le dio cartas para Sevilla y Ecija, ordenando a ambas ciudades que le dieran cuanto pudieran necesitar y le ayudaran a realizar las obras que se habían convenido.

Cuando Alonso de las Casas se encontraba en Sevilla verificando sus preparativos, contrajo una enfermedad que le inmovilizó durante algún tiempo. Pensando que este retraso disgustaría al Infante y que podría conceder la alcaidía de Priego a otra persona, decidió a enviar a tomar posesión de Priego a un vecino de Marchena llamado Juan López de Orbaneja. Le proporcionó el material necesario, 10 jinetes, 70 lanceros y 80 ballesteros. Salió López de Orbaneja de Sevilla el día 2 de septiembre, llegando a Priego el 6 del mismo mes. Llevaba fuerza suficiente para realizar el cometido que se le había asignado, y como almocadén a un moro converso, Fernán Sánchez, hombre experimentado en la frontera y conocedor del territorio y de las astucias de sus antiguos compañeros.

Llegados a Priego, inmediatamente se puso de manifiesto la incapacidad de su jefe, pues los expedicionarios en vez de fortalecer la villa se dedicaron a la caza, dejando de cumplir las obligaciones que Alonso de las Casas les había impuesto. Las amonestaciones del almocadén sirvieron para que el alcaide impidiera la salida de sus fuerzas de la fortaleza, y se comenzaron las reparaciones necesarias.

Conocida por Yúsuf III la presencia de cristianos en Priego, mandó contra dicha villa fuerzas de Málaga, Almería, Ronda y Setenil, en número de dos mil hombres de a caballo y diez mil infantes. Los granadinos combatieron la villa, consiguien-

do dar muerte a López de Orbaneja y herir a 30 de los defensores, aunque a costa de bastantes bajas, apreciando la imposibilidad de ocupar Priego por combate, idearon abrir minas para derrocar sus murallas. Los defensores al ver esta nueva táctica y temerosos de perder la vida, faltos de jefe, rogaron al almocadén que hablara con los sitiadores y les pidiera capitulación. Se negó a ello Fernán Sánchez, manifestándoles que la mina que excavaban los moros no era peligrosa, porque trabajaban sobre roca, y que si se rendían, aunque los moros prometeran dejarlos sanos y salvos en Cañete, no cumplirían la capitulación con lo cual unos morirían y otros quedarían cautivos; les exhortó a la resistencia, puesto que no era empresa imposible y por los días pasados muy pronto recibirían socorro; por último, se negó a tratar cosa alguna con los sitiadores.

Con más miedo que pundonor y faltos de dirección, se impusieron los más cobardes que insistieron en la rendición, y por otro de los defensores que sabía hablar árabe, solicitaron parlamento con los granadinos. Celebrada la capitulación se acordó que darían quince acémilas a los cristianos para llevar su impedimenta y los dejarían seguros en Cañete, a cambio de la entrega de Priego. Rebajado el número de acémilas a seis, como había expuesto Fernán Sánchez, los granadinos comenzaron por apoderarse de las seis bestias y dieron muerte a los 13 cristianos que primero salieron de Priego. Apreciado tal hecho por los restantes, cerraron las puertas y protestaron a los alcaldes inoros de aquella felonía. Deploraron éstos semejante hecho, y con mayores seguridades, los cristianos que habían quedado pudieron marchar libremente a Cañete, mientras los moros destruían por segunda vez a Priego.

Esta acción, perpetrada cuando se encontraba en vigor la tregua, produjo la indignación de don Fernando. Escribió a Gutier Díaz, que se hallaba en Granada para presenciar el juramento de Yúsuf III de prorrogación de la tregua que se había acordado en Guadalajara por cuatro meses y medio, para que protestara de tal hecho. Así lo hizo Gutier Díaz, exponiendo al monarca nazarita que el ataque contra Priego se había realizado en tiempo de tregua y contra una villa perteneciente a Cas-

tilla, exigiéndole que hiciera justicia y reparara los daños ocasionados. Con habilidad, Yúsuf expuso que Priego había sido tomada y destruida por sus súbditos antes de que se firmase la tregua entre Castilla y su hermano Muhammad, por lo que dicha villa no pertenecía a Castilla, y que, sin razón alguna, los castellanos la habían ocupado y fortificado en tiempo de tregua. Motivo por el que los cristianos habían sido los que quebrantaron la suspensión de hostilidades, y razón por la que sus alcaides fronterizos habían impedido la continuación de los castellanos en aquel lugar. Este derecho de mantener el "statu quo", que esgrimía Yúsuf, no pudo ser rebatido por su embajador castellano, quedando pendiente de ultimarse la resolución de este conflicto en la corte de Juan II, a donde el rey de Granada había acordado enviar por su embajador a Ali Zoher, con instrucciones para tratar de la renovación de la tregua que finalizaba en primero de abril de 1409.

El hecho de Priego y su posible repetición, obligó al infante don Fernando a adoptar prudentes medidas. Tan pronto como supo lo ocurrido en Priego, escribió a los fronteros ordenándoles estar preparados para la acción, pese a que la tregua que primeramente se había firmado con Granada y que finalizaba en 15 de noviembre, había sido prorrogada hasta el 1 de abril de 1409. Temía que tal hecho impidiera mantener este acuerdo, y de aquí la necesidad de asegurar la frontera⁷³ y abastecerla

⁷³ «Con fecha 10 de septiembre de 1408, los regentes escribían a todas las ciudades del reino de Murcia y a las que eran puertos de mar, manifestándole que «por quanto el infante don Fernando, mi tyo e mi tutor e regidor de mis reynos, con el ayuda de Dios entiende continuar la guerra que yo he con los moros enemigos de la fe, e porque las gentes qu con él fueren a la dicha guerra puedan ser mejor mantenidas e mas sin costa, es mi mercet de ordenar como sea levado a la cibdat de Sevilla el mas pan que ser pueda». Exponían la necesidad de procurar reunir en Sevilla la mayor cantidad posible de trigo y cebada para cuando hubiere guerra. Para estimular el incremento de este depósito, anunciaba que el trigo que se transportara a Sevilla quedaba exento del pago de alcabalas, almoarifazgo y cualquier otro tributo existente en sus reinos para el trigo o cebada. Pero no acababan aquí las ventajas ofrecidas, pues anunciaba también que se pagarían cuatro maravedís más del precio que corriera, al trigo que se llevara a vender a Sevilla. Si la proximidad de la fecha de esta carta, 10 de septiembre, a la acción de los moros sobre Priego, comenzada en siete u ocho

debidamente. Desde Valladolid, a 9 de noviembre de 1408, escribió a Díaz Sánchez de Benavides, caudillo mayor del obispado de Jaén⁷⁴, y encargado circunstancialmente de la jefatura de la frontera hasta Cartagena, y a todos los fronteros y ciudades de ella, notificando que finalizando la tregua en 15 de noviembre, era necesario hacer alarde y conocer las fuerzas que guardaban la frontera, así de vasallos del rey, como de caballeros de gracia y de cuantía, ballesteros, escuderos y lanceros. Por ello hacían saber que habían enviado al condestable don Ruy López de Dávalos y a don Lorenzo Suárez de Figueroa, maestre de Santiago, con poder para recorrer toda la frontera y presenciar los alardes. Tales alardes deberían de hacerse en presencia de ambos apoderados o de sus legales representaciones, por ante escribano público y por separado, o sea, formando grupos apartados los vasallos del rey, caballeros de cuantía, caballeros de gracia, ballesteros, escuderos y lanceros, cada uno por su parte.

Mayor amplitud tiene la carta de poder dada por los regentes al Condestable y Maestre de Santiago, fechada en Valladolid, en once de noviembre⁷⁵. En ella no sólo se especifica la inmediata terminación de la tregua, sino que por prever "si los mo-

del mismo mes, imposibilita el que podamos reaccionar ambas cosas, es indudable que a los regentes castellanos no les sobraba seguridad de que la tregua que terminaba en 15 de noviembre, y sobre la que había un principio de acuerdo de renovación hasta 1 de abril del siguiente año, pudiera tener efectividad. Aunque también es más que probable que estos preparativos del Infante se verificaba tan sólo para estar suficientemente abastecido al comienzo de la siguiente primavera, época precisa para realizar su deseada segunda campaña contra Granada, y fecha en que finalizaba la renovada tregua. (En Guadalajara 10-X-1408. Arc. Mun. Murcia. Cart. real 1391-1412, fols. 63 v. 64 r.). El mismo sentido tiene otra disposición de igual fecha, en que se ordenaba a todos los concejos del reino de Murcia y obispado de Cartagena, que pusieran a disposición de Lope González de Toledo, escribano real y vecino de Murcia, todo el trigo perteneciente a las tercias reales, para «que lo haga fazer vizcocho, para bastecimiento de las mis galeas, que es mi mercet de mandar para la guerra de los moros». Por la misma carta mandaban a Antón Sánchez de Córdoba, recaudador del pedido y monedas del reino de Murcia, que abonara, en ayuda del transporte de dicho trigo hasta la capital, a razón de seis dineros por fanega y legua de camino. (Arch. Mun. Murcia, Cart. cit. fol 64 r. y v.)

⁷⁴ Publica la carta Suárez Fernández, *Juan II y la frontera de Granada*, págs. 33-4.

⁷⁵ Apéndice, doc. n.º 11. En Valladolid, 11-XI-1408.

ros fiziesen o quisiesen fazer algund movimiento o entrada, la mi tierra pueda ser defendida”, por lo que les confería la jefatura de la totalidad de la frontera con Granada, dándoles plenos poderes. Les ordenaba que marcharan a Andalucía, en donde habían mandado a todos los Concejos, caballeros y cualquier clase de personas que estuvieran a su servicio y cumplieran lo que ellos dispusieran. Deberían de informarse de si todas las personas que recibían sueldo del rey, desde Tarifa hasta Cartagena estaban en sus lugares; si los bastimentos y armas se encontraban en el debido orden; si era necesario hacer algunas reparaciones o nuevas construcciones; caso de que se debiera algún sueldo o pagas, las hicieran abonar; si la justicia no se cumplía en la forma establecida, mandarían ejecutarla; y, finalmente, para que su inspección fuera total, les daba poder para delegar en las personas que consideraran aptas para realizar semejante información y tomar nota fiel de los alardes que se hicieran en su presencia. A todo este amplio poder, añadía el monarca la urgencia de que le informaran por extenso, con la rapidez que pudieran, de las condiciones en que se encontraban todas estas poblaciones y fortalezas fronterizas ⁷⁶.

Hubo motivos para esta inquietud, y precisamente estas disposiciones paralizaron la acción musulmana, bien de ataque, bien de defensa por si los castellanos intentaban el desquite de la ocupación de Priego, que se observó en la frontera por entonces. Estos movimientos granadinos quedan patentes por las noticias que se recibieron en Murcia desde el día 5 al 13 de diciembre. A Lorca llegaron avisos de que en Baza se habían reunido dos mil jinetes con propósito de penetrar en el reino de

⁷⁶ Todas las disposiciones contenidas en los poderes otorgados al Condestable y al maestro de Santiago, se encuentran en una carta circular dirigida a todos los alcaldes de los alcázares, castillos y casas fuertes del arzobispado de Sevilla, y obispados de Cádiz, Córdoba, Jaén y Cartagena, que eran en la frontera, y en general a todas las ciudades y villas de dichos arzobispado y obispados. En ella se indica el poder concedido a don Ruy López de Dávalos y a don Lorenzo Suárez de Figueroa, y se ordena que cumplan todas las disposiciones concernientes a la buena seguridad de la frontera, mostrándoles las fortalezas, almacén, víveres, pertrechos, etc., y haciendo los alardes en la forma que se les indicaría. En Valladolid, 9-XI-1408. (Arch. Mun. Murcia. Cartulario real 1391-1142, fols. 94 v. 95 r.).

Murcia por el sector de Caravaca, con idea de correr el campo hasta Lorca; y de que el rey de Granada había dicho que así lo haría, en paz o en guerra, con pensamiento de tomar tantos lugares cristianos como los que el infante don Fernando había ocupado en el reino de Granada en vida de su hermano Muhammad. Otros avisos de Cartagena así lo confirmaron. A mayor abundamiento, la mujer de Juan Bermejo, cautivada en la correría que Muhammad Abenazar había hecho el año anterior por los campos de Alhama y de Lorca, y escapada de Vera, así lo confirmó. Expuso que había estado cautiva durante un año en poder del caudillo de Vera, y que pocos días antes de huir, vio leer a dicho capitán dos cartas "e desde las ovo leydas que rasgara la una de ellas, en tal manera que no avia quedado de ella letra que se pudiera leer". Y que habiéndole preguntado por qué la rompía, que le contestó que las había enviado su hermano el caudillo de Baza; añadiendo que se hacían preparativos en la frontera.

Ante tales noticias, el Concejo murciano acordó reparar los adarves; limpiar los fosos; recoger los ganados; poner atalayas, escuchas y atajadores en tierra de moros y en los puertos por donde acostumbraban a entrar las compañías granadinas; y ante la falta de guarnición en Lorca, solicitar del monarca el envío de quinientos ballesteros de la nómina, para que estuvieran permanentemente en ella.

Afortunadamente estos avisos, como tantas otras veces, resultaron infundados; bien porque los movimientos de las huestes granadinas fuera para asegurar sus fronteras, bien porque al conocer los preparativos castellanos desistieran de sus propósitos. También cabe pensar que esta movilización granadina no tuvo otro objeto que el de promover estos infundios, que al propagarse de lugar en lugar, daban un incremento publicitario a la amenaza de invasión, totalmente inexistente⁷⁷.

⁷⁷ La falta de intencionalidad de ruptura se muestra en el hecho de que en 15 de noviembre de 1408, un moro ega del rey de Granada, con permiso del rey de Castilla, desde las eras, en las afueras de Murcia, solicitó permiso para entrar en la ciudad, a la que acudía por razón de los cautivos que quería rescatar. (Actas Capit. en esta fecha).

Las treguas de 1409.—La Crónica relata que Gutierre Diaz, emisario castellano a Granada, regresó acompañado del embajador granadino Alí Zoher, a donde llegó en 16 de febrero de 1409. Acompañaban al enviado moro, consejero de Yúsuf, diez caballeros, portadores de ricos presentes⁷⁸. Al tener conocimiento los regentes de la proximidad de la embajada y que ya se encontraba a cuatro leguas de Valladolid, acordaron que Juan II se trasladara a la iglesia de San Pablo y el Infante a las casas de Juan Núñez de Villazán, en donde hasta entonces había estado el monarca. Este traslado obligó a detenerse durante dos días a la embajada en el camino. Presentada la corte castellana con gran fausto, bajo la presidencia de Juan II y su madre, ya que el Infante humildemente se sentó en un estrado inferior, ordenaron a Ali Zoher exponer su embajada.

La propuesta de Yúsuf era de firmar una suspensión de hostilidades por dos años, a la cual los regentes respondieron negativamente. Ordenaron traer antiguos tratados firmados con Granada, en que se probaba cómo hasta entonces los reyes de Granada habían sido vasallos de Castilla, y sus hijos habían acudido a la corte castellana cuando a ella habían sido llamados, pagando siempre parias en señal de vasallaje. De aquí que la contestación a la embajada de Alí Zoher fuera la de que manifestara a su soberano que si más treguas quería, pagara las parias acostumbradas y se declararan vasallo de Castilla; y si Alí Zoher tenía poderes para hacerlo así, que lo realizara y se las otorgarían. Contestó el embajador granadino que carecía de tales poderes, y que expondría a su soberano las exigencias de los regentes.

Así quedó concertada una tregua de cinco meses, que se extendía desde primero de abril a primero de septiembre de 1409. Con este motivo escribían los regentes, desde Valladolid a 19 de marzo, al Concejo de Murcia⁷⁹, comunicándole la renovación de

⁷⁸ Para el Rey tres caballos, tres espadas de plata, jinetas, paños, higos, pasas y frutas; al Infante dos de cada, en vez de tres. Por cierto, el cronista comenta el que los caballos no eran buenos, «que tanto valia un buen caballo de Castilla, como todos cinco» (Carriazo, ob. cit. págs. 83-5).

⁷⁹ Apéndice doc. n.º 12. En Valladolid, 19-III-1409. Fue pregonada en Murcia el Domingo de Ramos.

la tregua con Granada por mar y por tierra, por otros cinco meses. Ordenaban que fueran pregonadas públicamente por las plazas y mercados de la ciudad y ante escribano público, y que se hicieran saber a todas las villas y lugares del reino de Murcia y obispado de Cartagena.

A la vez insistían en que se cumpliera el acuerdo de que por los puertos secos no se exportara a Granada las cosas prohibidas en sus disposiciones anteriores. Lo notificaban porque habían sabido que algunas personas no cumplían tal precepto, ordenando que a tales contrabandistas se les castigara con las mayores penas que sobre tal caso estaban establecidas.

Anunciada así la tregua, Ali Zoher salió de Valladolid acompañado de Abd Allah al-Amin y del escribano real Diego García, que marchaba a Granada a presenciar y testimoniar el juramento que Yúsuf había de hacer de cumplir fielmente la tregua. También llevaba el encargo de exigirle la prestación de vasallaje a Castilla y el pago de los acostumbrados tributos y entrega de cautivos cristianos⁸⁰.

Posteriormente se renovó esta tregua con Granada; ahora por siete meses, que comprendía desde primero de septiembre de 1409 a fin de marzo de 1410⁸¹. Al comunicarle a don Ruy López de Dávalos, como adelantado mayor del reino de Murcia, y a todos los Concejos de las ciudades y villas de dicho reino, los regentes ordenaban que fuera pregonada y cumplida en la misma forma que se habían guardado las treguas anteriores, tanto por mar como por tierra, con Granada. Así se cumplió entonces, pues incluso se dio el hecho de que habiendo sido cautivados dos moros de Málaga por el corsario Embox, y llevados a Cartagena, intervino en su rescate Muhammad Caustra, alfaqueque

⁸⁰ Pérez de Guzmán, *Crónica*, pág. 313. Antes de acabar la tregua, en 26 de julio, se recibió en Murcia carta del concejo de Cartagena, anunciando la proximidad de fustas enemigas a su puerto. De común acuerdo se pusieron atalayas en el Castellar de Carrascoy, y se apercibió a todos los vecinos de Murcia que estuvieran preparados a salir en socorro de Cartagena, para lo cual se avisaría tocando a rebato la campana de la iglesia de Santa Catalina (Actas Cap. en esta fecha). Aunque no se indica la procedencia de estas fustas, indudablemente debían de ser de Bugía, habitadas a merodear por estas costas levantinas.

⁸¹ Apéndice, doc. n.º 13. En Becerril, 10-VIII-1409.

de Vera. Consiguió rescatarlos por 134 florines de oro, y ante el Concejo de Murcia dio su conformidad de abonar tal cantidad y de no promover por dicho secuestro cuestión ni reclamación alguna ⁸².

Termina así este periodo de paz, que se prolonga hasta primeros de abril de 1410, aunque en los meses anteriores el bullir de los preparativos indique el cambio que se va a producir en las relaciones castellano granadinas. Años de tranquilidad fronteriza, en que tan sólo el hecho aislado de Priego inquieta momentáneamente los ánimos, y que don Fernando no intenta aprovechar, por no convenirle todavía la apertura de su segunda campaña. Los restantes incidentes no tienen otro color que el puramente local, sin resonancia ni repercusión más allá del sector en que se produce. Y el singular acontecimiento de la muerte de Muhammad VII y subida al trono de Yúsuf III. tampoco influye en la marcha de las relaciones entre ambos reinos.

Juan Torres Fontes

⁸² Arch. Mun. Murcia. Actas Capitulares, en 15-X-1409.